

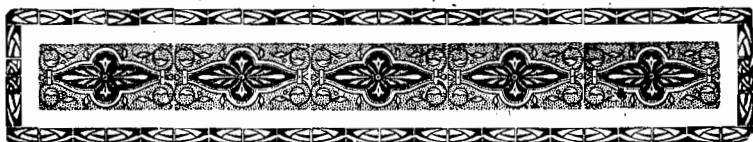
LA GRAN COMEDIA DE LA BELLIGERA ESPAÑOLA

COMPUESTA POR EL FAMOSO POETA RICARDO DE TURIA

Los que hablan en ella son los siguientes:

- | | |
|--------------------------------------|---|
| Lautaro, indio. | Algunos otros indios de acompañamiento. |
| Rauco, indio. | Doña Mencia de Nidos. |
| Guacolda, india. | Don Pedro de Villagrán. |
| Rengo, indio. | Valdivia, general. |
| Gracolano, indio, padre de Guacolda. | Bobadilla, capitán. |
| Pillán, indio, padre de Lautaro. | Alvarado. |
| Chilcano, indio. | Algunos soldados, todos españoles. |
| Laupi, indio. | Hombres, niños y mujeres de tropel. |
| Pran, indio. | |
| Purén, indio, criado de Guacolda. | |





ACTO PRIMERO

(Salen Lautaro y Rauco, indios, asidos los dos de un papel).

LAUT.—Suelta, alevoso.

RAU.— ¿Quién eres?

LAUT.—Soy quien pone en residencia (1)

a quien mina la inocencia
de tan honestas mujeres.

Soy quien piensa hacer estrago
de ti, aunque los cielos pises;

I. *Poner en residencia* vale aquí lo que decimos hoy *someter a juicio*, tomada esa voz *residencia* por el proceso que se formaba antiguamente a ciertos funcionarios públicos para esclarecer la manera cómo se hubieran desempeñado en el ejercicio de sus cargos. Muchos de esos juicios de *residencia* formados a los Gobernadores de Chile, por ejemplo, existen en los archivos.

y soy, si eres casto Ulises,
otra Circe ó Lothofago.

RAU.—Se quien seas, que el papel
no me has de sacar a voces;
y si a mi dueño conoces
respeta a mi dueño en él:
que tal venganza en el suelo,
si me le rasgas ó quitas,
con sus luces infinitas
no habrá visto el alto cielo.

LAUT.—Pues si como está en tu mano
estuviera en tus entrañas,
ó en las de aquestas montañas,
ó en las del mar inhumano,
por el sol, por su poder,
por la vida que nos da,
y por la dama a quien va,
que es la que al Sol le da el ser,
que en mis manos se pusiera,
y con él quien le escribió,
no digo en querello yó,
pero antes que lo quisiera.

(Dáde un puntapié, y échale a rodar, sacándole el papel de las manos).

RAU.—¡Válgame el cielo! ¡qué furial
El me defienda de ti.

LAUT.—Mas defiéndase él a sí
si acaso a Lautaro injuria.
Que tales sean los duelos
del que procura celar,
que con tormento a comprar
venga el tormento de celos.
Con tormento averiguamos
el celoso pensamiento,

y con doblado tormento
averiguados quedamos.
Qué gustos, ó qué regalos
nos procuráis, celos fieros,
mas no sois, no, los primeros
que os busca el mundo por malos.

RAU.—Fía que caro te cueste,
pues hoy en mí has hecho ofensa
deste Reino a la defensa,
y al asombro del celeste.
Al fiero Rengo ofendiste.

LAUT.—No sé si ese Rengo es fiero,
mas sé que la muerte espero
que en este papel trujiste.
Si las armas que maneja
cuando en la lid se enfurece,
a caso al papel parece,
triste ocasión de mi queja.
Si vierte tanto veneno
el feroz semblante dél,
cuanto aquí vierte el papel
que de mí me tiene ajeno;
desde agora me sujeto,
y con rostro y cerviz baja
rindo a Rengo la ventaja;
mas ¿qué mucho?, si en efecto
el inexorable infierno
en los celos que me ha dado
todo el poder le ha prestado
de aquel su tormento eterno.

RAU.—Que con el hurto en las manos
me cogiese este atrevido,
ya una vez dél conocido
mis pensamientos son vanos.
¿Por qué el horror de tu manto
oh! noche, a mí solo niegas,

amor que a los tuyos ciegas
¿cómo agora éste vió tanto?
Que al darme el papel le das
ojos con qué me resista,
pero de los cortos de vista
de noche suelen ver más.

(Hasta agora ha estado Lautaro como transportado).

LAUT.—Vete ya, y si no se prueba
en ti mi justo rigor,
es, vil, porque a tu señor
le puedas llevar la nueva.
Ya de algo te aprovecha
el tener el dueño fuerte,
pues agora de la muerte
por lo menos te libro.
Que si no fuera ese hombre
en valor tan singular,
con cuya muerte he de dar
vida y venganza a mi nombre,
de tus viles tercerías
vieras, infame, el provecho,
pues ya te hubiera deshecho
mi fuego en cenizas frías
y mis suspiros te echaran
al viento que las deshace,
porque de hombre que tal hace
aun cenizas no quedaran.

RAU.—Voime, y antes que se ría
el alba, tú llorarás.

LAU.—Sol, si es que durmiendo estás
en cama, aunque blanda, fría,
no es mucho que así empereces,
pues te habrá comunicado
la cama en que estás echado

ese hielo que me ofreces.
Mas, si es que hoy no quieres dar
luz a este suelo dichoso,
a tu Faetón animoso
el carro vuelve a prestar,
que aunque otra vez nos abrace,
como luz me dé, te ofrezco
que este dolor que padezco
ó me traspase, ó se pase.

(Abre el papel y prueba a leelle).

¿Cómo podré ver si escribe
desdeñado, o admitido,
si forma quejas de olvido,
si de mí celos recibe?
Cielo, que con tal crueldad
amparas a mi enemigo,
pues de todo eres testigo
¿porqué callas la verdad?
Digo ¿porqué te escureces
en mi mayor pesadumbre?
pues es tu lengua tu lumbre,
y en no alumbrando enmudeces.
Y tú, Venus, clara estrella,
alumbra mis tristes ojos,
para saber mis enojos
dáme tu luz clara y bella.
Aunque si procuro ver
a la luz medio eclipsada
de una mujer que fué errada,
¿cómo acértaré a leer?
Mas, si soy el propio abismo
del amor, y amor es fuego,
de mi ignorancia reniego:
yo me alumbraré a mí mismo.

Quien al fuego sin luz vió,
 pues le tienen por hermoso,
 por ser, cual es, luminoso
 como el Sol que le crió.

(Vuelve a querer leer).

Comienzo a leer: ¿qué es esto?
 la luz falta al fuego mío;
 ¿quién vió tan gran desvarío
 como el que agora he propuesto?
 En sí todo fuego incluye
 dos cosas, si bien se advierte,
 luz hermosa y calor fuerte,
 que una alegra, otra destruye.
 En fin, quemar y alumbrar;
 mas este fuego de amor
 viene a tener la peor,
 que es solamente abrasar.
 Y así abrasa donde llega,
 que no sólo luz no ofrece,
 mas la que halla escurece,
 pues la de la razón ciega.
 No hay quién sus crueldades sume,
 pues porque el dolor sea eterno,
 es como fuego de infierno
 que, aunque abrasa, no consume.

(Dicen de adentro:)

ADN.—Ay!

LAUT.— Qué triste amargo acento.

ADN.—Ay!

LAUT.— Este es más doloroso.

ADN.—Muerta soy

LAUT.— ¿Qué es lo que siento?

que este llanto lastimoso
 es de femenino aliento.
 ¿Quién el alma me maltrata?
 ¿quién el cabello me eriza?
 y si un fuego se dilata
 de cólera que me atiza,
 ¿qué hielo los pies me ata?

(*Salen tres ó cuatro indios, que llevan robada a Guacolda,
 dama de Lautaro*). (2)

1.—Deja de llorar, señora
 y que nos lo manda, advierte,
 el que tu belleza adora;
 sino es que das a la Aurora
 el aljófara que ya vierte.

GUA.—Villanos, ¿que mi presencia
 no os confunde, y vuestra culpa?
 ¿qué tierno amor, qué obediencia
 a unos y otros os disculpa,
 si es tan grande la insolencia?
 A una mujer como yo
 esta fuerza le han de hacer;
 el fiero que os envió
 piensa acaso que ha de ver
 el fin de lo que emprendió.

2.—No sé si ha de ver el fin,
 mas por principio yo ífo
 que tenerte en su buhío (3)

2. *Dama* en su acepción de mujer galanteada o pretendida, que decimos al presente, en tal significado, *amante* ó *querida*.

3. *Buhío* ó *bohío*, como escriben otros, *rancho* llamado ahora entre nosotros, ó *ruca* en araucano. Es voz que aparece empleada una sola vez en *La Araucana* (544-5-4:).

Dieron en un pajizo y gran bohío...

que Ercilla cuidó de definir en la Advertencia (tan poco co-

no es principio muy ruin.

LAUT.—Sueño, velo, ó desvarío:

¿Qué malina (4) estrella influye
esta noche en este suelo?

1.—La tardanza nos destruye;
vamos, señora.

GUA.— El que huye
de una águila invidia el vuelo.

2.—¿Quién lleva en la retaguardia
al fuerte Rengo animoso
ningún temor le acobarda.

GUA.—¿Dónde estáis, amado esposo,
Lautaro mío?

(Acábanla de meter los indios las puertas adentro a Guacolda)

LAUT.— ¿Qué aguarda
de mi brazo el rigor fuerte,
en quien libró el cielo santo
rigor fiero, amarga suerte?

nocida por la omisión que de ella han hecho casi todos los editores del poema), diciendo era «casa pajiza, grande, de solo una pieza sin alto».

De muy frecuente uso en los antiguos cronistas de América, consérvase aún en Cuba, según asevera Pichardo en su *Diccionario casi razonado de voces cubanas*, p. 30.

4. Hállase esta voz en la misma forma en *La Araucana* (498-3-5:)

El cual, con gozo y ánimo malino...

que no trae el léxico de la Real Academia, considerándola, sin duda, barbarismo. Comentando Rodríguez Marín la tal voz en la nota 205 de *Rinconete y Cortadillo*, que en esta novela aparece, como también en *El Rufián dichoso*, del mismo Cervantes, advierte que en Andalucía se sigue pronunciando *malino*, pero que reviste, además de su significado corriente, el valor de «apóstrofe cariñoso y de reprensión suave».

Destrozo, ruina, llanto,
ira, rabia y al fin muerte.
Guacolda es ésta, a quien Rengo
por medio deste papel
avisa del robo cruel;
cielos ¿en qué voy y vengo?
que ya Guacolda no es fiel.
Mas, si al pasar se quejó
formando tan tierno duelo,
sin duda no le llamó;
en dudas tales yo apelo
al valor que el Sol me dió.
Si ha sido llamado, el serlo
con la vida ha de pagar;
y si acaso sin saberlo
Guacolda la fué a robar
pagará el acometerlo.
No temas, Guacolda, espera
que ya en tu favor acude
tu Lautaro.

(Vase Lautaro por donde se metieron los Indios que llevaban a Guacolda, y por la puerta que salieron, después de muchas voces, sale Rengo retirándose de una tropa de indios que vienen acuchillándole).

1.— Muera!

2.— Muera!

REN.—Vosotros, si aunque os ayude
la razón, cuando la hubiera,
que está de mi parte amor,
contra quien la gente armada
pierde la fuerza y valor
y el derecho de la espada,
que es el derecho mejor.

(*Rehácese en medio del teatro y háceles retraer*).

- 1.— ¿Qué desatado león
 vió jamás el libio suelo
 más fiero que éste?
- 2.— Laocón:
 éste, ó es rayo del cielo,
 ó es el mismo Eponamón. (5)
- REN.—Si con industria ingeniosa
 mi temor hasta aquí os trujo,
 fué porque el brazo no osa
 manchar con sangre alevosa
 tierra que un cielo produjo.
 Agora que fuera estáis
 del sagrado que venero,
 si en seguirme porfiáis,
 veréis de mi fuerte acero
 el provecho que sacáis.
- 3.—Huyamos, ¿qué hemos de hacer,
 pues hoy todo Arauco junto
 no tendrá contra él poder.
- REN.—Hacéis bien, pues aún barrunto
 que el del cielo es menester.

(*Acábales de meter por las puertas por donde salieron*).

A huir, gente infame, a huir
 más veloces que los vientos,

5. *Eponamón*, que también definió Ercilla en su citada *Advertencia*, en estos términos: «Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente a cumplir lo que prometen».

La empleó en varios lugares de su obra, que sería ocioso recordar en este momento; la repitió Pedro de Oña en su *Arauco domado*, y tanto se extendió luego en el habla poé-

que es mengua de mis intentos
que les lleguen a impedir
tan flacos impedimentos.

(Sale Rauco por la otra puerta).

RAU.—De las armas el ruido,
y de las confusas voces,
aquí, señor, me ha traído,
y aunque con plantas veloces,
temeroso y encogido.

REN.—Pues ¿de qué? si ya en mi mano
está Guacolda.

RAU.— ¿Es posible?

REN.—En poder de Millolano (6)
va adelante.

RAU.— Es invencible
tu valor.

REN.— Es de araucano.
Mas, tú, ¿por qué tan confuso
delante de mí venías?
¿quién, Rauco, a tus alegrías
(como la tierra al mar) puso
límite y freno en mis días?

RAU.—Lautaro, ese pretensor
de la que, si pretendiste,
tienes ya por tu valor,
me envió a tus ojos triste.

REN.—¿De qué suerte?

tica, que en otras comedias famosas y hasta en la *Conquista de la Nueva México* de Gaspar de Villagra se le dió cabida.

6. *Millolano* es vocablo de apariencia araucana y de la exclusiva invención del autor de la comedia, que lo ideó alterando la forma parecida que afecta en *La Araucana*: *Milla-lauco*.

RAU.—

Oye, señor:

con tu papel, instrumento
 del bien que ya estás gozando,
 y que invidia el firmamento,
 a donde estaba esperando
 Hipalca, (7) fui como el viento.
 A Hipalca, la secretaria
 de Guacolda, y mi martelo, (8)
 le di al punto, pero el cielo
 que, como fortuna varia,
 da a un tiempo pena y consuelo,
 permitió que otro papel
 que de Guacolda me dió
 para tu pecho fiel,
 le viese Lautaro, y vió
 su agravio y su muerte en él.
 Y apenas de la ventana
 me aparté, cuando conmigo
 con una cólera insana
 estuvo el fiero enemigo
 más que león con cuartana.
 Trabó del papel airado,
 y yo con furia crecida
 le dije, en ti confiado:
 suéltale, si no es que has dado
 en ser hoy de ti homicida:
 mira que a Rengo has de dar
 cuenta estrecha del papel.

7. *Hipalca*, ya se comprenderá, no pasa de ser una alteración de la forma griega *Hipparchia*, como se llamó la mujer del filósofo cínico Crates, o de *Hipparchus*, hijo de Pisístrato, tiranos de Atenas. En la forma empleada por Rejaule se le halla en otras comedias de su tiempo.

8. *Martelo* es voz anticuada, que vale *galanteo*, *enamoramiento*; de donde procedió *amartelado*; adjetivo bien conocido de los jóvenes y hasta de no pocos viejos...

REN.—¿Y él entonces osó hablar?

RAU.—No habló, sino que a rodar
me echó, y se quedó con él.
Díjome que con la vida
me dejaba, porque hubiese
quien la nueva te trujese.

REN.—¡Desvergüenza nunca oída!
mas, mi Rauco, no te pese,
pues la moza tengo ya,
por agora este castigo
le doy.

RAU.— No poco lo está.

REN.—Y el querer ser mi enemigo
después me lo pagará.
No te aflija ese papel,
pues efeto hizo el primero;
y aunque soy tierra, por él
soy cielo deste lucero.

RAU.—¿Y viene mi alba tras él?

REN.—¿Qué alba?

RAU.— Mi Hipalca, digo.

REN.—No se me acordó; ¿qué quieres?
perdona.

RAU.— A hacello me obligo,
en fe de que esto es testigo
de lo mucho que me quieres.

REN.—Vamos y ten confianza
que alcanzará tu afición
lo que ya la mía alcanza.

RAU.—Yo trocara mi esperanza,
señor, por tu posesión.
Esta vez fué mi cuidado
cual piedra en arroyo echada,
que de mojarse ha librado
al que por ella ha pasado
y ella se queda mojada.

(Vanse, y salen Lautaro y Guacolda, y él, hablando con los de adentro y envainando la espada, dice:)

LAUT.—Aunque por precio tan caro
las vidas os restituyo,
con tal que a ese vuestro amparo
le digáis que el gran Lautaro
así cobra lo que es suyo.

GUA.—No quiero, esposo y señor,
que hoy rindan palabras mías
las gracias a tu valor,
pues volvías por tu honor,
si por mi ocasión reñías.
La presteza y furia brava
que mostraste por vengarme
de forma me enamoraba,

(Abre el papel Lautaro, y pónese a leer).

que aunque era para librarme,
sin libertad me dejaba.
Y así, por esta ocasión
la libertad, con ser bella
no estimara mi afición,
si no viera que por ella
vuelvo a entrar en tu prisión:
que aunque el alma no salió
jamás della, aunque se vió
el cuerpo preso, ése quiero
que sea tu prisionero,
pues el cuerpo te agradó.

(Hace algunas muestras de sentimiento, sin alzar los ojos del papel!).

No me respondes, señor,
 ó a lo menos con los ojos
 ¿no admitirás tanto amor?
 mira que admitir despojos
 es propio de un vencedor.
 Por ventura ese papel,
 estando yo aquí, es objeto
 más hermoso y más perfeto;
 ¿ó es que prefieres en él
 a lo hermoso lo discreto?
 ¡Vióse tan gran confusión!
 ¿Qué locura es mayor, cielos,
 la déste, y su sinrazón,
 ó la mía en pedir celos
 de un papel, en conclusión?

LAUT.—¿Y fuera la vez primera
 que dió celos un papel?

GUA.—El mismo papel si fuera,
 mas lo que hay escrito en el
 no será ni aun la postrera.

LAUT.—Con tu aguda distinción
 queda la duda deshecha
 y mi antigua obligación:
 y aun mi pecho de una flecha
 que tiró tu sinrazón.

¿Porqué, aleve fementida,
 regalando el alma estás
 con tu voz enternecida
 y por los ojos le das
 tan ponzoñosa bebida?
 Advierte, ingrata, alevosa,

que si hoy en la propiedad
eres sirena engañosa,
a la luz de la verdad
serás ciega mariposa.
¡Qué concertada armonía
qué acento tan soberano:
qué bien, ingrata, venía
con lo que escribe tu mano
lo que tu boca decía!

(Señalando el papel).

Ah! falsa, mas, ah! mujer,
que para saber fingir
os sobra y resobra el ser:
pues quien esto sabe hacer
esotró sabe decir.

GUA.—¿Quién sabe decir? ¿qué alegas?
¿Yo a Rengo, ni a hombre nacido,
papel? ¿cuándo he yo sabido
escribir? Mucho te ciega,
sin razón me has ofendido.
¿No sabes tú que jamás
te escribí un solo papel?
¿en eso, Lautaro, das?

LAUT.—¿Y es milagro, si con el
te vas, que le quieras más?
¿Y si más que a mí le quieres,
que de tu amor sin segundo
por este papel le enteres?

GUA.—¿Para que nacéis al mundo
nunca creídas mujeres?

LAU.—No más, Guacolda; llamado
fué por ti en este papel,
para salirte con él;

baste el engaño pasado.

GUA.—¿Hay fortuna más cruel?

LAUT.—Baste el fingido lamento,

baste el fingido quebranto;

¡ya no creo en triste acento,

ya no creo en tierno llanto!

GUA.—¡Hay más terrible tormento!

LAUT.—Pasabas alegre y muda

con tu moderno amador,

vísteme, y vi tu rigor;

que es la vista muy aguda

de un amante, y de un traidor.

Y luego a fingir te pones

pena, llanto y desconsuelo,

y con sensibles razones,

extremos y exclamaciones

a llamar injusto al cielo.

Mas en fin, este es el pago

que das, fiera, a mi inocencia:

¿dónde está el pasado halago?

¿no ves, no ves el estrago

que ha hecho en tu pecho ausencia?

Mujer eres como todas.

GUA.—Oye, por el Sol hermoso.

LAUT.—Ya no quiero ser celoso,

ya quiero hallarme en las bodas

a servir al nuevo esposo.

Pero digo mal, mejor

será salir desta tierra,

por huir de tu rigor;

volverme quiero a la guerra,

pues tú me la haces mayor.

(*Salen los criados de Guacolda, que habían huido de Rengo, con su padre Gracolano (9) y Pillán, padre de Lautaro*). (10)

1.—Ya el bárbaro hemos topado:
este es el fiero enemigo
que tu hija te ha robado.

(*Acometen a Lautaro pensando que era Rengo, y Guacolda le dice muy afligida:*)

GUA.—¿Qué es esto, Lautaro amigo?
LAUT.—¿De qué, ingrata, te has turbado?
¿No ves que tu gente es ésta?

9. Tal parentesco entre Gracolano y Rengo es de la fantasía del autor, tan distante en eso de la verdad, que en *La Araucana* (287-5-3) se le llama a aquél «esforzado mozo».

10. Más acertado anduvo Rejaule al decir que Lautaro era hijo de Pillán, pues así lo advierte expresamente Ercilla en su Declaración ya recordada; pero, en tal aseveración del poeta, media, probablemente, una mala interpretación respecto del nombre Pillán, que, en realidad, en la lengua de nuestros primitivos araucanos valía demonio. Este es hecho bien conocido y que se ha venido repitiendo desde que Pedro de Oña así lo estampó en su *Arauco domado* (cantos II. y XII:)

Otro subido, en un horcón, invoca
A su *Pillán*, espíritu malino;

voz que en el segundo de los lugares citados del poema (cambiada en Pillano, por efecto de la rima, cual le aconteció a Ercilla), tradujo en nota por el *Demonio*.

No tiene, pues, nada de extraño que Ercilla oyese nombrar a Lautaro hijo de Pillán, que equivalía a decir hoy «hijo del diablo», por las hazañas que llevó a cabo.

D. Tomás Thayer Ojeda ha procurado demostrar que, posiblemente, el verdadero padre de Lautaro fuera el cacique Talcaguano. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. t. XV, p. 330.

GUA.—¡Padre!

GRA.— ¡Hija mía!

LAU.— ¡Señor!

¿también te hallas tú en la fiesta?

PI.—Lautaro, ¿eres tú el autor
de una hazaña tan funesta?

LAU.—Pregúntalo a tu valor,
que cual tu hijo heredé,
y salir podrás de duda.

GRA.—¿Pues dónde el traidor se fué?

LAUT.—Esta selva, como es muda,
no lo dirá.

GRA.— Di quién fué,
Hija mía, el atrevido
que mi alcázar ha escalado?

GUA.—El bárbaro Rengo ha sido
y me libró el que a mi lado
ves agora.

GRA.— Hijo querido,
Báculo de mi vejez,
y vengador de mi afrenta.

LAUT.—Otra mayor me atormenta (*Aparte*).

GRA.—Ya, Lautaro, de esta vez
está mi honor a tu cuenta.

1.—Este mancebo famoso
pudo más que un escuadrón.

2.—Es con extremo animoso.

3.—No ha visto nuestra nación
Cacique (11) más valeroso.

1.—Yo no sé si se topó

II. Lautaro, sea dicho en verdad, nunca tuvo tal título ó carácter, que, según Ercilla, y es lo cierto, correspondía al señor de vasallos que tenía gente a su cargo. Bajo este último punto de vista, sí que se le podría aplicar tal calificativo.

mayor premio en lo que dices,
que yo tengo en lo que ofreces.
Tus pies beso.

PI.— ¿Estás herido?

GRA.—¿Afligete algún dolor?

LAUT.—Y el más fiero que he tenido (A parte).

GUA.—Con todo, será inferior (A parte).

al que me causa tu olvido.

LAUT.—Yo me apartaré de ti.

GUA.—No podrás, que en ti me llevas.

(Entra un indio llamado Laupi). (13)

LAUPI.—Guárdeos el Sol.

PI.— ¡Oh! Laupi,

¿qué nos traes?

LAUPI.— Unas nuevas

bien nuevas y extrañas.

GRA.— Dí.

LAUPI.—Después que esta gran provincia,

grande por ser tan famosa,

que la celebran y temen

las regiones más remotas,

no por el oro apurado

que cría en tan grande copia,

ni por el benigno clima

que la hace tan deleitosa;

ses y regiones...» «a la cual [la ciudad de la Imperial] te-
niéndola sitiada, cortaron y *divirtieron* el brazo del río de que
bebían todos...»

En *La Araucana* ocurre no pocas veces. Vaya esta muestra
(407·2-6:)

Que en larga digresión me he *divertido*...

13. Laupi no es nombre araucano, ni se halla tampoco en
el poema ercillano.

nombre de Arauco, (16) también,
 no pudo hallarse en persona.
 Ni el que rige a Pilmaiquén,
 que Caupolicán se nombra,
 mas los dos para esta empresa
 hacen a diez mil la costa.
 Otros caciques vinieron,
 que de nombrar dejó agora,
 por referir de esta gente
 la no pensada discordia. (17)
 Después que hubieron comido,
 de Arauco usanza notoria,
 de hacer el brindis con Baco,
 y la razón con Belona,
 pues antes de resolver,
 si se ha de poner por obra
 alguna empresa, el Senado
 convida la gente toda
 sobre quien será cabeza
 de nación tan valerosa,
 las de tan fuertes soldados
 se turban y se apasionan.
 Quién desgaja de un enebro
 la rama fuerte y ñudosa, (18)
 y quién de un valiente pino

16. Otra aserción de evidente procedencia ercillana:... «llámanse los indios dél (el Estado de Arauco), araucanos, tomando el nombre de la provincia». Declaración ya citada.

17. Sería cosa de ir muy léjos si nos propusiéramos comparar el texto de la comedia con el del poema en la relación de la discordia que hubo entre los araucanos a que aquí se alude; bástenos con recordar que el índice del canto II comienza así: «Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección del capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo...»

18. Tan empapado estaba Rejaule en la lectura de *La Arau-*

el mismo tronco destroncha.
Tucapel se hace a lo largo,
Ongolmo tras él se arroja,
Cayocupil, Elicura,
Gualemo, Purén, Lincoya,
Este dice: yo merezco
de Arauco el cetro y corona;
aquél, general seré,
si el mismo cielo lo estorba.
Replica el otro: el bastón
sólo esta diestra le honra;
y en suma la ciega plebe
cercándolos se amontona.
El prudente Colocolo
soltó en esto su voz ronca,
y con un breve discurso
a los más fieros reporta.
Fué el expediente, que aquel
que en sus fuertes hombros ponga
un madero, y le sustente
más tiempo, lleve la gloria.
Un tronco fornido traen
de grandeza monstruosa,
a quien Paycabí en sus hombros
sostuvo más de seis horas.
Cayocupil solas cinco;
Gualemo a las seis le importa
dejalle, y entra Purén
a esperar con él la aurora.
Doce horas y más le tuvo,
cuando en alto le enarbola

cana, que aun en este detalle insignificante se sorprende su imitación. Véase lo que el poeta dice en el canto II:

Aguijan a las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas,

Elicura, que de nueve
 si pasó fué cosa poca.
 Tucapel llegó a catorce.

PI.—Notable fuerza.

LAUPI.— Espantosa,
 si día y medio en el aire
 no le tuviera Lincoya.

GRA.—¿Luego ése es el General?

LAUPI.—Oye, Gracolano, agora
 el más constante tesón,
 la fuerza más prodigiosa
 que vió el suelo: llegó en esto
 Caupolicano a deshora,
 a la ligera (19) y sin gente,
 y del suceso se informa.
 Arrebata el tronco duro,
 sobre sus hombros le apoya,
 todo un día le sustenta,
 llega la noche medrosa:
 y tras ella coronada
 el alba de blancas rosas,
 a quien sigue el sol hermoso,
 que los horizontes borda.
 No se cansa el fuerte joven,
 otra vez la noche torna,
 y otra vez el alba fría
 esparce menudo aljófara.
 No le sacudé el cacique,
 antes sin mostrar congoja
 espera al sol que destierre
 las reliquias de las sombras.

19. Otro detalle de escasa importancia, pero que el autor de la comedia no olvida de su lectura del poema (28-5-3:)

Cuandó Caupolicán a aquel asiento
 Sin gente a la ligera había llegado.

Entonces despide el tronco,
como la piedra la honda,
dando un salto, en que nos muestra
que brío y fuerzas le sobran.

Por General le declaran,
suenan las bélicas trompas,
y la guerra contra España
a fuego y sangre pregonan.
Luego de toda la gente
ochenta mancebos toma,
y a la más cercana fuerza
de las tres que a Arauco doman,
disfrazados los envía
con cargas de heno y de ropa,
y en las haces sepultadas
las armas más peligrosas.

Mudos entran en el fuerte, (20)
y, en viéndose dentro, entonan,
¡libertad! ¡libertad! ¡mueran
los que la tierra nos roban!

Luego el General siguió
con su ejército de tropa,
dando dichoso principio
a la libertad que gozan.

GRA.—Gran cosa emprende el Estado,
y aunque el principio es dichoso,
tengo el fin por muy dudoso.

LAUPI.—No hay fuerza en siniestro hado
contra un pecho valeroso.

PI.—El cielo me es buen testigo,
que deseo que mi tierra
sacuda el yugo enemigo;

20. En el poema aparece así este concepto:

Sordos a las demandas y preguntas,
Siguen su intento y el camino usado...

mas con todo, en esta guerra
he de valer a mi amigo.

A Valdivia obligación
tengo como el mundo sabe;
y tal, que en esta ocasión
(aunque me parezca grave)
seré de su devoción.

Tú, hijo, mostrar procura
lo que me niega mi edad,
pues tan gran necesidad
es fuego donde se apura
el oro de una amistad.

Toma mi gente, Lautaro,
y de Valdivia el honor
tenga en ella algún reparo,
pues yo he hallado en su valor
no pocas veces amparo.

GRA.—Toma mi gente también,
que por tuya tener puedes.

LAUT.—¡Oh! mi Gracolano, ¿quién
servirá tantas mercedes,
ni mereció tanto bien?

GUA.—Esto sólo me faltaba
para acabar con mi vida,
amigo esposo.

LAUT.— Homicida.

(*Vuelio a Guacolda:*)

Ser mudable no bastaba,
que también eres fingida;
con gusto al Español sigo,
y voy contra mi nación,
porque así tendré ocasión
de dar a Rengo el castigo
de su loca pretensión.
Vamos.

GRA.— Ven, hija querida.

GUA.—Voy a la guerra también,

tu verás si soy fingida;

y pues perdí tanto bien

¿qué mucho que ande perdida?

(*Vanse, y salen Valdivia, hombre de hasta cincuenta años, (21) general de toda aquella tierra, y Bobadilla, capitán, (22) y algunos soldados españoles*).

VALD.—Sin duda, fuertes compañeros míos.

de haberse el gran Arauco rebelado

causa mis culpas son y desvaríos,

que tengo al alto Dios muy indignado.

Quisiera yo ser mar, las minas ríos,

y que en mi casa hubieran desaguado:

¡tal ha sido hasta ahora mi codicia! (23)

21. Como en el poema no se apunta la edad de Valdivia, el autor de la comedia hubo de señalarla a su buen parecer, pero tenía, en realidad alguna más de la indicada. Góngora Marmolejo dice a este respecto: «Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años.» *Hist. de Chile*, p. 39. Pero, ¡cosa curiosa! más cerca de la verdad anduvo Rejaule, si hemos de atenernos a la declaración del propio Valdivia, que dijo en una ocasión, y única en que conste su testimonio sobre ese particular, que había nacido en 1502, y así, contaba, por consiguiente, por los días en que aparece en escena, visperas de su muerte, cincuenta y un años.

22. El Bobadilla aquí mencionado es, sin duda, Luis, no capitán de Valdivia, como nos lo presenta Rejaule, sino su caballero.

23. Esta tirada de Valdivia relativa a su codicia es simple reflejo de los colores con que en el poema se le pinta. Decía Ercilla (40-2-7,8) en términos generales:

Codicia fué ocasión de tanta guerra

Y perdición total de aquesta tierra,

que aplica en seguida al fundador de Santiago; siendo éste uno de los poquísimos lunares y sin duda el más grave de to-

tiempla el rigor, mi Dios, de tu justicia.
 Los corredores que antes inviamos
 temiendo, como es justo, de emboscada,
 ni vuelven, ni parecen, y pisamos
 ya la enemiga tierra rebelada.

*(Descúbreanse tres cabezas clavadas en las puntas de tres
 ramas de un árbol). (24)*

Mas ¿qué es esto? ¿no son los que miramos
 por fruta de aquel árbol mal lograda?
 el árbol que a esta fruta nos convida
 dice que nadie escapará con vida.
 Volvámonos, señores, que esto es hecho,
 ya perdió la vergüenza aquesta gente;
 no quiere que nos haga buen provecho
 la mano que nos hace este presente.
 Volvamos, españoles, que sospecho
 (viendo el Bárbaro ya tan insolente)
 que de araucanos cubrirá la tierra;
 sin gente mal podemos hacer guerra.
 Fortifiquemos nuestros fuertes luego,
 rehagámonos de gente, que salimos
 como a cosa de burlas, como a juego,
 y es notable la empresa a que venimos.

BOB. —Que me escuches, señor, te pido y ruego:

dos en que el poeta se aparta de la verdad histórica. ¡Qué lástima que los informes que recibió de aquel hombre, superior, bajo todo punto de vista, le impidieran comprenderle, para que, lejos de denigrar su memoria, le hubiera ensalzado con los loores y en los términos que eran de esperar de su genio poético.

24. En el poema el hecho se cuenta así (41-3-6 a 8:)

Las amigas cabezas conocieron,
 De los sangrientos cuerpos apartadas,
 Y en empinados troncos levantadas.

aunque siempre tu ley obedecemos,
 ó fuese ya suave, ó fuese extraña,
 fué mientras no tocó al honor de España.
 Agora que, nos tocas en lo vivo,
 será razón que el yugo sacudamos:
 que el pecho fuerte, valeroso, altivo,
 en vano le oprimimos y apretamos.
 Busquemos al cruel Bárbaro esquivo
 que vertió nuestra sangre: ¿qué tardamos?
 a dicha cuanta Arauco cría, piensa
 que será de esta sangre recompensa.
 Miras, Valdivia, que este tronco baña
 la sangre de tus nobles compañeros,
 que dejaron por tí su amada España,
 ¿y a sombras temes, ó te espantan fieros?
 nos rige; caudillo, ó acompaña,
 que al cielo claman tantos desafueros:
 ¡muera el Bárbaro alevel!

SOL. 1.º— ¡Muera!

SOL. 2.º— ¡Muera!

VAL.—Oh! cómo mi desdicha os desespera!

(Sale un indio de paz alborotado, llamado Pran).

PRAN.—Vuélvete luego, señor,
 no entres más en lo vedado;
 que ya muestra su rigor
 de España contra el valor
 el irrevocable hado.
 Veinte mil hombres te esperan
 en Tucapel, que ya el bando
 siguen de los que se alteran,
 y con estarte esperando
 de rabia se desesperan.

Vuélvete, señor, de aquí. (25)

VAL.—Eso, amigo Pran, les di
a los que vienen conmigo.

PRAN.—Pujante está el enemigo:
españoles, yo le vi.

BOB.—No hay temor que nos encoja:
echada está ya la suerte.

VAL.—¿Quién así, España, te arroja?

BOB.—Al que la vida le enoja
mira si huirá de la muerte.

PRAN.—Con esto a mi obligación
acudo.

VAL.— Y todos también
en estimar tu afición.

PRAN.—Ya las reliquias se ven
del fuerte y su destrucción. (26)

VAL.—Agora, fuertes soldados,
veréis si teme Valdivia
enemigos rebelados,
o si por dicha se alivia
de militares cuidados.
Vuestro juvenil ardor
con mi experiencia y consejo
pensé templar, y, en rigor,

25. Imitación muy cercana a lo que en el poema se refiere
(43-I-I a 4:)

En esto a caso llega un indio amigo,
Y a sus pies, en voz alta, arrodillado,
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
Que no pases el término vedado...

26. Continúa Rejaule aprovechando los detalles consignados en *La Araucana*:

Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel bien lejos parecía
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

sólo porque está en un viejo
pierde el valor su valor.

Con todo, advertiros quiero,
por el cargo que me dais,
que si hoy victoria alcanzáis,
por ser el trance primeró,
con la guerra rematáis.

Junto tienen su poder;
si los pocos que aquí estamos
les llegamos a vencer,
sin ánimos les dejamos
para volverse a atrever.

BOB.—¡Ea! capitán valiente,
a breve suma reduce
esa plática elocuente.

VAL.—Ah! ciega bisoña gente!
¿quién a la muerte os conduce?
Ya de bárbaros cercados
estamos todos, al Cielo
dirigid vuestros cuidados;
que, según veo, este suelo
hoy produce hombres armados.

(Suena alarido de gente y ruido de cajas, y los españoles se alborotan).

Salga Bobadilla luego,
y acometa con su gente;
¡que alumbres tu pueblo ciego,
clara luz indeficiente,

(Vase Bobadilla).

Humildemente te ruego!
¿Quién es el que se apercibe,
y antes que otro se desmande

nuestros amigos recibe?

PRAN.—A este llaman Mareandé,
que la áspera sierra vive.

VAL.—Su escuadrón abierto espera,
ya el nuestro cierra y oculta,
y ya como hambrienta fiera
en su vientre le sepulta
sin dejar un hombre fuera.

¿Quién a tan grande rigor
con vida se halla presente?

salga el Sargento mayor
y escoja de nuestra gente
la más plática y mejor.

Si enojado estás conmigo
a dicha, recto Juez,
no padezca otro el castigo:
decidme, ¿quién son los diez,
que hacen rostro al enemigo?

1.—Sus obras te lo dirán,
pues tan bien venden sus vidas
a precio de mil heridas.

VAL.—Para siempre quedarán
en la memoria esculpidas.
Ya sólo cinco han quedado
de los diez.

2.— Ya caen los dos;
bien los tres les han vengado.

PRAN.—Otro ha caído.

VAL.— Mi Dios,
perdido va tu ganado.
Vamos, españoles fuertes,
¡eal vamos ya a excusar
con una, infinitas muertes
que sentimos en mirar
hacer en los nuestros suertes.
Aumentemos el estrago

dándole a estos traidores
el sangriento y justo pago:
¡ea! a vengarnos, señores.

1.— ¡Santiago!

2.— ¡Santiago!

(Vánse todos, y suenan por un rato las cajas y trompetas, y salen dos o tres españoles retirándose de otros tantos indios).

IND.—A flacos hombres, tenidos
por dioses injustamente,
más por el oro luciente
a nuestra tierra venidos,
que porque fe se aumente.

(Meten los indios a los españoles por la otra puerta, vuelve el ruido de cajas, y trompetas y, en cesando, salen Valdivia, Lautaro y dos o tres indios que aun no hayan salido).

VAL.—Dame esos brazos, Lautaro,
que han de trabajar después
en mi defensa y amparo.

LAUT.—Estos y aquellos que ves

(Señalando a sus compañeros).

te invía mi padre caro.

VAL.—Pues a tan buen tiempo llega
en mi socorro tu gente,
reciba ya la insolente
que la obediencia me niega
el castigo conveniente.

(Toma una lanza del suelo, donde ha de estar ya para este efecto).

Esta lanza abrirá camino luego
 por el infame pecho que me trujo
 a ser hoy desta tierra ardiente fuego,
 con ser tierno pimpollo que produjo.
 A ellos, ¡eal pueblo hasta aquí ciego,
 y si el Cielo a tal punto nos redujo,
 que vamos a morir, sea matando.

INDIO 1.º—¡Muera el Cruzado caviloso bando!

INDIO 2.º—¡Muera el Cruzado caviloso bando!

(Váse Lautaro y los que salieron a sus voces, y renuévase el alarido y rumor, y luego sale Valdivia atravesado de una lanza, y dice:)

VAL.—¿Porqué, alevoso Lautaro,
 tan sin razón me has herido,
 en qué, ingrato, te he ofendido?
 ¿Este es, traidor, el amparo
 que me habías prometido?
 ¿Qué furia rugió tu diestra,
 y tan diestra en darme muerte?
 mas, si mi suerte siniestra
 tu alevoso brazo adiestra,
 ¿qué mucho que el golpe acierte?
 Mi codicia siempre hambrienta

Ercilla le atribuye, que es, bien se sabe, uno de los trozos culminantes de *La Araucana*: la comparación, claro está, no es posible; pero el final entre ambas piezas tiene algo de parecido. En el poema, Lautaro concluye así:

A lo menos firmad el pie ligero,
 A ver cómo en defensa vuestra muero.

de adquirir y atesorar,
 en esto había de parar;
 en vano doy en la cuenta
 cuando a Dios la voy a dar.
 Si mi brazo entonces fuerte
 mis vasallos castigara
 cuando a dos dieron la muerte
 delante de mí, excusara
 hoy el verme de esta suerte.
 Mas, mostréme por mi mal
 (fiado en su falsa enmienda)
 de mis vasallos parcial;
 que castiga un hombre mal
 si el castigo es en su hacienda.

(*Dicen de adentro:*)

ADEN.—¡Vitoria! ¡el Español muera!

OTRO.—¡Viva el gran Lautaro fuerte
 una eternidad entera!

VALD.—Cuando herido no estuviera,
 esto me diera la muerte.

Ya, inmenso Dios, me apercibo
 al duro forzoso trance,
 pues ya de aliento me privo.

(*Sale Lautaro con algunos indios.*)

INDIO 1.—Sangriento ha sido el alcance. (28)

2.—Ninguno ha quedado vivo.

VALD.—¡Ay! dulce querida España!

LAUT.—¿Quién se queja por aquí?

28. *Alcance*, lo que hoy decimos *persecución*. El léxico trae la frase militar «seguir el *alcance*», que vale «ir detrás del enemigo que se retira o huye».

1.—Un hombre que el suelo baña
con su sangre.

LAUT.— ¿Quién es, dí?

1.—Si la vista no me engaña,
Valdivia es éste.

LAUT.— A quien yo
traté como tú le hallaste.

VALD.—No te alabes que rasgaste
el pecho que te crió.

LAUT.—Mal el mío penetraste.

En mí, cual otro Diomedes,
dabas a un caballo vida,
que regalos y mercedes
te pagó con esa herida
que ver en tu cuerpo puedes:
yo confieso que la mano
me dejó el golpe sabrosa.

VALD.—¿Hay pecho más inhumano?

LAUT.—Mas, di, ¿qué César Romano
hizo hazaña tan famosa?

VALD.—No logres tu edad florida,
y en medio de la corrida
de esa dicha comenzada,
una flecha desmandada
te quite, ingrato, la vida.
Muere si prendado estás
delante tu dama, injusto;
no porque así alegre irás,
sino porque sientas más
el perder la vida y gusto.

Con el que tu muerte intenta
case tu mujer viuda;
que si la pena se aumenta
por accidente, sin duda
esto a un alma le atormenta.

LAUT.—Acabad con él, soldados,

quebralde la infame boca;
 no llame injustos los hados,
 su cudicia paga loca,
 que no paga mis pecados.

VALD.—Sólo en ti, mi Dios, confío,
 pues ya el mundo me dió el pago.

(Métenle adentro los soldados).

LAUT.—Yo en el fuerte brazo mío,
 que de vuestra sangre un río
 hará en el primer estrago.

(Sale un indio solo).

INDIO.—Nuestro gran Caupolicano
 te invía a llamar, señor;
 porque el Senado Araucano
 el premio de tu valor
 ha remitido a su mano.

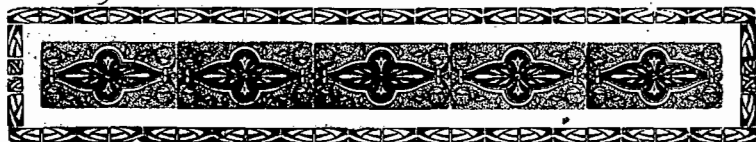
1.—¿Qué merced le podrá hacer
 nuestro General prudente?

2.—Podrále hacer su teniente;
 este mancebo ha de ser
 un soldado muy valiente.

LAUT.—Vamos, pues; nadie se asombre
 si a tal ira me provoco;
 Ah! España, yo he de hacer poco,
 o llegará a ser mi nombre
 de tus hijuelos el coco.

(Vanse todos, dándose fin con esto al acto primero).





ACTO SEGUNDO

(Sale Guacolda vestida de hombre en traje español, y Purén, criado suyo).

PUR.—¿Por qué, Guacolda, has querido
vestir el español traje,
haciendo a éste nuestro, ultraje?

GUA.—Porque contra este vestido
tiene Lautaro coraje.

Y así, pues, a España sigue
con furia y cólera extraña,
mientras no se desengaña,
y, como ves, me persigue,
quiero ser también de España:
que con tan grande pasión
le adoro, que no querría
que por ninguna ocasión
digan, que me perseguía
sin justicia ni razón.

Y, así, para disculpar

su yerro, en parte he querido
mudar mi propio vestido,
porque tenga a quién culpar,
pues en mí culpa no ha habido.

PUR.—Bien has dicho, mas sospecho
que eso daño te ha de hacer
si alguno te acierta a ver.

GUA.—Si Lautaro está en mi pecho,
¿quién me ha de osar ofender?

PUR.—Pues mirando el cristal claro
de este arroyuelo me espera.

GUA.—Aquí espero, amigo caro:
¡ay! si en ti me convirtiera
por ver más presto a Lautaro!

PUR.—Pues vamos los dos.

GUA.— No es bien
si le enojo con mi vista;
primero, amigo Purén,
su gracia y valor conquista.

PUR.—Los cielos favor me den. (*Vase*).

GUA.—Amor poderoso y fuerte,
cuán en vano ¡ay! triste, lucho
contigo, si bien se advierte;
pues no lo encarece mucho
quien te prefiere a la muerte.

Y con tan constante pecho,
sin admitir desengaño,
acudo a mi mal de hecho,
que en el más seguro daño
aseguro mi provecho.

Mi patria, padre y regalo,
mi honor y vida pospongo;
y así en esto me señalo,
que aun en disputa no pongo
si es malo, siendo tan malo.
¡Ay! Lautaro de mis ojos,

en quien mil bienes se encierran,
no me des ya más enojos,
y si antojos te destierran
destierra ya esos antojos.
Mas, si la fiera traición
de Hipalca y de Rauco ha sido
de tu ausencia la ocasión,
¿porqué no me diste oído
al dar la satisfacción?
Entonces sacar pudieras
en limpio quien te ofendió,
sin dar lugar a que yo
sacara a plaza las veras
a que el amor me obligó.
Pudieras averiguar,
cómo mi falsa criada,
sin podello yo estorbar
le dió a Rengo franca entrada
para poderme robar;
que papeles escribía
en mi nombre y remitía
a este Rengo, que me amaba,
y que yo ignorante estaba
de tan grande alevosía:
lo que apenas entendí
de la ingrata Hipalca, cuando
a buscarte me partí,
y cuando perdón la di,
que Amor es fuerte, aunque blando.
Pues de Rauco persuadida,
a quien tuvo tierno amor,
puso al tablero mi vida,
ó mi honor, prenda querida,
pues no hay vida sin honor.
Gran rumor siento: ¿si son
los que espero por ventura?

(*Salen Rengo y Rauco, su criado*).

REN.—Calla ya, que a más locura
me provoca esa razón.

GUA.—Aquí me escondo, laurel:
si es que eres árbol sagrado,
válgame el entrar en él:

REN.—No es Dios, si está apasionado:
deja que blasfeme dél.

Reniego dese que alumbra,
cuando en el mar se despeña,
y cuando del mar se encumbra;
pues la nube más pequeña
se le atreve y le deslumbra.

Reniego de Eponamón,
ya contra mí conjurado,
lleno de humana pasión;
pues de tiniente le ha dado
a mi enemigo el bastón.

Reniego de cuanto adora
el indio y el español,
que ya su arrogancia llora,
desde la rosada aurora,
hasta el sepulcro del sol.

Reniego del hondo abismo,
si acaso tuve en él fe,
pues tenella es barbarismo;
y reniego de mí mismo,
pues antes no renegué.

RAU.—También yo, señor, reniego
de todo cuanto reniegas.

REN.—Eso sí, reniega luego;
que más atizas mi fuego
cuando materia le niegas.

GUA.—Este es Rengo; ¿qué he de hacer?

¿qué es esto, cielos tiranos?
 pues si éste me acierta a ver
 y me acierta a conocer,
 por mi mal vuelvo a sus manos.

REN.—Lautaro, teniente, y yo,
 sujeto a su orden y mando,
 que esto fortuna ordenó,
 porque de un bando a otro bando
 con infamia se pasó.
 Y porque no sólo ha sido
 traidor al que le ha criado,
 y en su socorro traído,
 sino porque le ha dejado
 de su misma mano herido.

GUA.—Si pruebo a huir, y por dicha
 me sienten, me han de alcanzar,
 ¡qué mal hice en esperar!
 quien tiene tanta desdicha
 ¿porqué se ha de aventurar?

REN.—¿Que esto el cielo haya trazado
 para que reviente yo?

RAU.—¿Que no te da eso cuidado,
 sino el ver que te quitó (*aparte*)
 la dama, que habías robado.

REN.—Ya no ha de regir mi mano,
 pues a tal punto ha venido
 esto, que español buído, (29)
 mi corvo alfanje africano,
 sino un bastón mal pulido.

(*Va a desgajar una rama del laurel.*)

Desgajar quiero una rama
 de este laurel, porque en fin
 al que por mi brazo llama

la muerte, tenga más fama,
 pues tendrá laureado el fin.
 GUA.—Esto es hecho: ¿quién tuviera
 las alas del pensamiento?

(Escapa corriendo).

RAU.—¿Qué es eso? ¿alguna fiera?
 REN.—Un español es, que al viento
 deja atrás en su carrera.
 Sígueme, Rauco.

RAU.— Y seré
 más que el viento presuroso,
 pues donde estás le traeré.

(Va tras ella Rauco).

REN.—Y yo este bastón ñudoso
 en su vida estrenaré.
 Ya le dió alcance; en correr
 nadie se la ganará,
 y más si está, como está,
 tan hecho siempre a vencer.

(Vuelve con Guacolda).

RAU.—¿El español tienes ya?
 REN.—¿Qué dices, Rauco? ¿no miras
 la ventura de los dos?
 ¿cómo a más premio no aspiras?
 este español sí que es Dios;
 y no los que con mentirás
 nos quitan la posesión,
 que siempre de Arauco fué.

(Arrodillase delante Guacolda).

A éste si que le daré
por víctima el corazón
en las aras de mi fe.
No en vano le vine a hallar
del mismo cielo guiado
bajo un dosel consagrado;
pues un Dios ¿dónde ha de estar,
si no es en lugar sagrado?

GUA.—Déjate, Rengo, de hacer
muestras de firmeza tanta.

RAU.—¿A quién tal dicha no espanta?

GUA.—No soy Dios, sino mujer;
levanta Rengo, levanta.

¿Quién con fingida blandura
pudiese enfrenar su intento?

(*A parte*).

REN.—No te cabe del contento
parte, pues desta ventura
fuiste, Rauco, el instrumento.

RAU.—Pues que no me ha de alcanzar,
como el que mirando el juego
a su amigo ve ganar:
mas, dame barato luego,
antes que salga otro azar.

GUA.—Invencible Rengo fuerte,
por quien mil penas padezco,
que la menores de muerte;
no digo que te aborrezco,
pero no puedo quererte.
Ese tu amor peregrino
confieso que ha de estimalle
el pecho más diamantino;
mas de estimalle a pagalle
hay mil leguas de camino.

No pidas luz a una ciega,
 libertad a una cautiva,
 gusto a quien amor le niega,
 y vida a quien ya se entrega
 a la muerte más esquivá.
 Esa constante afición,
 digna del más noble pecho
 que tiene nuestra nación,
 pues yo no soy de provecho,
 guárdala como es razón.
 Que no faltará prometo
 quien tendrá a dichosa suerte
 el llegar a merecerte
 y el ser amado sujeto
 de un indio tan noble y fuerte.
 ¡Cuán verdadero ha salido
 lo que me dijo Purén,
 que en este infeliz vestido,
 aunque me estaba tan bien
 mi mal estaba escondido!

(*A parte.*)

(*Dice aparte a Rauco:*)

REN.—Rauco, adelántate luego
 al valle de Penco, y di
 a Guaticol que ya llego
 a gozar de aquel sosiego,
 que tuve en un tiempo allí.
 Que quiero su huésped ser
 y no volver a la guerra,
 ni por ver mi amada tierra
 en contingencia poner
 lo que ya mi mano encierra.
 Que esta firmeza que da
 muestras de un amor tan raro,
 si agora invencible está,

la ausencia de su Lautaro
y el tiempo la vencerá.

RAU.—Voy como sabes que suelo,
y como yo sé, que es justo.

REN.—Ve volando.

RAU.— Voy y vuelo. (*Vase Rauco*).

REN.—No tengas, mi bien, recelo,
que mi ley será tu gusto.

GUA.—Yo fuera más que dichosa.

REN.—No quiero ajena mujer,
y por hacerte gozosa
esta vez quiero vencer
mi pasión, aunque amorosa.
Y no tanto por la gloria,
que alcanzo en el vencimiento,
que es él de mayor memoria,
cuanto por darte contento,
que aun es más alta vitoria.
Vamos.

GUA.— ¿A dónde?

REN.— A volverte
a tu padre.

GUA.— Y a escuchar
la sentencia de mi muerte,
pues con mi huida a probar
le he dado un trago tan fuerte.
Llévame en casa de mi tío,
que de allí pediré treguas
al piadoso padre mío.

REN.—Casi nada la desvío: (*aparte*):
más son de catorce leguas.

GUA.—Por ir a Lautaro muero,
mas bien será que sujete
mi voluntad, que este fiero,
si le pido lo que quiero,
negará lo que promete.

(Vanse, y salen Lautaro muy mejorado de vestidos y plumas y si puede ser con peto y espaldar español, y Purén el criado de Guacolda).

PUR.—Agora verás, señor,
la obligación en que estás
a Guacolda, cu yo amor
si a todos los deja atrás,
no es mucho, que es el mayor.
Aquí en esta clara fuente
la dejé; mas no está aquí..

(Va buscando por todo el teatro).

Si por estar tan patente
se escondió ¡triste de mí!

LAU.—Nunca el corazón me miente,
pues traigo todo el camino
el pecho sobresaltado.

PUR.—Cielo piadoso y divino,
dame favor.

LAUT.— Imagino
que este infame me ha burlado.

PUR.—¡Hola! ¿aun nadie responde?
señora, señora mía,
¿dónde tu beldad se esconde?

LAU.—¿Hay más grande alevosía?
¿dónde está Guacolda? ¿dónde?
¿Para esto aquí me has traído?
para esto aquí me llamó
tu vil señora?

PUR.— El vestido
sospecho.

LAU.— Calla, que yo
ninguna disculpa pido.

¿A un hombre de mi valor
 así se burla, villano?
 ¿quién hoy le niega a mi mano
 el justísimo rigor,
 aunque sea el de un tirano?

(*Empuña la espada*).

PUR.— Espera, señor, advierte,
 oye sólo una disculpa,
 si ella aquí ha venido a verte,
 y la culpa está en tu suerte,
 ¿por qué tu lengua la culpa?
 Si la tragó alguna fiera,
 si algún indio la robó,
 por vella de tal manera
 que de español se vistió,
 ¿qué culpa merece?

LAUT.— Espera:
 que bien dices, que no tiene
 la culpa mi prenda bella,
 sino mi estrella, que viene
 a ser la más mala estrella
 de las que el cielo contiene.
 Yo solo soy el culpado,
 y así es justo que me cuadre
 aquel cantar celebrado:
 ¡para qué pariste madre
 un hijo tan desgraciado! (30)

30. Ese cantar celebrado no aparece en la colección de Rodríguez Marín; pero se registra en ella este otro de la misma índole: (copla 6,333):

Más desgraciao que yo
 No lo parirán las madres;
 Que una camisa que tengo,
 No tengo quien me la lave.

¿Qué importa que haya salido
de mil peligros ufano,
y que diga el araucano,
que el vencer ó ser vencido
consiste sólo en mi mano?
Si el alto cielo me ha dado
un corazón del reposo
tan ajeno y apartado,
que en armas era dichoso,
y en amores desdichado.

(*Salen tres ó cuatro indios en busca de Lautaro*).

INDIO I.—A las voces que sentimos
repetir los riscos huecos,
fuerte capitán, venimos,
y aunque es el lenguaje de ecos
muy confuso, le entendimos.
Quizá porque se le antoja
al que de otro viene en busca,
que es un hombre cualquier hoja.

LAUT.—¡Lo que entorpece, y ofusca (*consigo*)
un alma cualquier congoja!

2.—Ya, famoso capitán,
los que de la Concepción
salieron, subiendo van
en mal formado escuadrón
la sierra de Andalicán. (31)
Ya de la celada inciertos
trepan los peñascos yertos
los españoles confusos;

31. En el poema (109-5-I, 2):

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos...

vén a remediar abusos
y a prevenir desconciertos.

- 3.—Esto nos hizo salir
en tu busca, pues tú ausente,
no hay quien se deje regir;
pues sólo a tan bráva gente
tú la puedes corregir.

LAUT.—Si envuelto ya en mortal sueño,
tiene sepulcro en el vientre
de alguna fiera mi dueño;
si tal es, mi fe te empeño
de matar cuantas encuentre.
Hasta ver la que hoy ha sido,
de tus huesos mauseolo,
¡ay! mi dulce bien perdido, (*siempre divertido*).
y ¡ay! de mí, pues en mí solo
pudo caber tanto olvido.

- 2.—Lautaro invencible, advierte,
que ya está afilando el filo
de su guadaña la muerte;
no quieras cortar el hilo
de tu favorable suerte.
Mira que el sacro Senado (32)
en tus fuertes hombros puso
el peso deste cuidado.

LAUT.—¿Quién vió pecho tan confuso
de más pena rodeado?
Ea, pues, el honor viva,
y muera el gusto y amor;
mi Guacolda muerta ó viva,

32. Así llamó también Ercilla a la junta de los caciques, y otra vez, *senado religioso*; ya se adivinará que al apodarar de tal modo a indios borrachos y ateos, el poeta deja traslucir su espíritu de imitar las arengas que se pronunciaban ante el Areópago de Atenas o el Senado Romano.

perdone, pues en rigor
 lo más a lo menos priva.
 Vamos, escuadrón valiente,
 que hoy de Andalicán el cerro
 (si este brazo no me miente)
 ha de ser funesto entierro
 de esa miserable gente.

1.—Vamos, invencible Marte,
 hijo del potente Sol.

LAUT.—Tú luego a buscar te parte

(Hablando con Purén:)

a mi perdido español;
 que esto sólo ha de librarle
 de la más sangrienta muerte
 que inventó jamás tirano.

PUR.—Pues como con él no acierte
 no hayas miedo que a tu mano
 remita la herida suerte.

(Vanse todos, Purén por una puerta, y los demás por la otra; y salen Doña Mencía de Nidos y Don Pedro de Villagrán, vestidos de monte, cada cual con su jabalina).

D. MEN.—Mal mi condición conoces.
 quererme a mí persuadir
 es dar en desierto voces,
 ó querer a un carro uncir
 los leones más feroces.

D. PE.—¿Es tu cuello de león,
 para que el yugo deseche
 en tan forzosa ocasión?

D. MEN.—Sin duda mamé su leche,
 pues tengo su condición.
 No nací para sujeta,

para sujetar nací,
ya, el ciervo con la saeta,
ya, el cerdoso, jabalí
con la turquesca escopeta.

Este robusto ejercicio
el pesar de mí destierra,
y no porque halle en él vicio,
sino por ser su bullicio
un ensayo de la guerra.

No hay dulce voz, no hay acento
aunque el sueño me interrompa,
que me dé mayor contento,
que el de una bastarda trompa
ó militar instrumento.

El olor que a mi sentido
más lisonjea y suspende,
no es del ámbar escogido,
mas del salitre en quien prende
el fuego siempre atrevido.

Y en suma aquesta corteza
ó esta femenil flaqueza
cubre un valor tan extraño,
que sin duda tomó engaño
en mí la naturaleza.

D. PE.—Con tan grande gallardía
has referido, señora,
el valor que en tí se cría,
que si el alma te quería
ya te está adorando agora.
Tu condición no me altera
pues es la que reina en mí;
que si yo salud tuviera,
aunque me muero por tí
ausente de tí estuviera.
Con mi valeroso tío

Francisco de Villagrán (33)
al cerro de Andalicán
fuera con el mismo brío
que nuestros amigos van.
Allí en tu nombre enfrenara
deste Lautaro la furia;
y la muerte me costara,
ó vengara bien la injuria
que cuesta a España tan cara.
Pero no dejo por eso
de rendir feudo al amor,
pues un amoroso exceso
no quita, que da favor.

D. MEN.—Eso es lo que no confieso.

No, don Pedro, mal procura
quien se aplica a la milicia
tener en amor ventura,
que el amor todo es blandura,
todo es regalo y caricia.
Publica un enamorado,
que en su dama (en quien se encierra
su gusto) está transformado;
pues un hombre afeminado
¿qué vale para la guerra?
Nuestro sexo, en conclusión,
para sujeto ha nacido;
si esto es así, ¿es gran blasón
confesarse uno rendido
a la misma sujeción?
Pregúntaselo a Aníbal,
y verás lo que perdió
por ser en Capua leal
al amor, que le tornó

33. Francisco de Villagra no era tío de Pedro el de su mismo apellido, sino primo.

de hombre en un bruto animal.

D. PE.—No te acabo de entender,
pues sólo por sustentar
tu opinión y parecer,
gustas de satirizar
tu hermoso agradable ser.
Agora sabes que amor
es de la naturaleza
divino reformador,
y tanto, que su fineza
le hace a veces hacedor,
pues suele de nada hacer
(si de lo poco es lo mismo)
un hombre que viene a ser
de excelencias un abismo
con sólo saber querer.
De rudo le hace avisado,
de mal sabido discreto,
de temeroso arrojado,
de mal pulidopreciado,
y de rebelde sujeto.

(Dice a voces de adentro Rengo:)

REN.—Espera, no huyas, señora,
y pues de tí me fié
confíate de mí agora.

(Sal ehuyendo Guacoïda a guarecerse en doña Mencía y don Pedro).

GUA.—Defiende, español, tu fe
en quien la sigue y adora.
Que soy yo, contra este fiero
que cautivarme pretende.

(Sale tras ella Rengo).

D. PE.—Dí que el Cielo te defiende,
 pues su divino lucero
 a defenderte deciendo.
 ¡Eal pues, doña Mencía,
 que esta hazaña es de tus manos.

(Hácenle rostro los dos, teniendo a las espaldas a Guacolda)

REN.—¿Qué es esto, infames cristianos,
 quien os dió tanta osadía?

GUA.—¡Favor, cielos soberanos!
 Y pues este vil vestido
 a este punto me ha traído,
 el mismo el remedio sea
 por donde libre me vea
 deste bárbaro atrevido.

D. MEN.—Déjame, don Pedro, a mí,
 que con el favor de Dios
 sola he de rendille.

REN.— Así.

D. PE.—Mejor será que los dos
 le demos la muerte aquí.

REN.—Sin gana a reirme vengo
 mirando vuestra locura;
 decid, locos, ¿por ventura,
 sabéis que reñís con Rengo,
 de españoles sepultura?
 ¿Sabéis que, si como veo
 un hombre y una mujer,
 viera de España el poder
 que es lo que tanto deseo,
 le diera mucho que hacer?

D. PE.—Bien se parece, arrogante,

que no has visto, ni conoces
a la que tienes delante.

GUA.—Hoy debó a mis pies veloces
esta vitoria importante.
Si mientras riñendo están
(pues todos son enemigos)
libertad y honor me dan;
¡eal que alas, pies, amigos,
con temor no os faltarán. (*Vase*).

REN.—Fuertes sois, pues aun os hallo
con valeroso semblante;
contentaos con escuchallo
de mi boca, sin gastallo
con pasar más adelante.

D. MEN.—Defiéndete, fanfarrón,
que ya me falta paciencia.

(*Echa de ver que se ha ido Guacolda*).

REN.—¿Hay más grande confusión?
Aquí dió fin la pendencia,
pues le falta la ocasión.
Fuese mi bien soberano,
perdonad, que, según veo,
nuestra contienda es en vano;
¿quién fuera en volar deseo?
Espera, dulce tirano. (*Vase*).

D. MEN.—¿Has visto tal en tus días?

D. PE.—Libro de caballerías
me parece esta espesura,
y este suceso aventura.

D. MEN.—Dices bien.

D. PE.— Bien descubrías
de tu noble pecho osado
el valor que en él se anida.

D. MEN.—Hablas como apasionado.

- D. PE.—A no tenerte a mi lado
temiera perder la vida.
- D. MEN.—Dejemos burlas aparte,
que gallardo es el mancebo.
- D. PE.—Si es que llego a contentarte,
digo que es un Pirro nuevo,
digo que es un propio Marte.
- D. MEN.—Y el triste español que huía
¿pudístele conocer?
que la voz fué de mujer.
- D. PE.—Con tan gran furia venía
que apenas le pude ver.
- D. MEN.—¿No ves el gran remolino
de polvo, que se levanta,
don Pedro, por el camino?

(Mirando hacia el vestuario).

- D. PE.—De gente es que se adelanta
en correr a un torbellino.
- D. MEN.—¡Válgame Dios! ¿qué será?
mal anuncio tengo desto;
y pues la fortuna ya
conjurado se nos ha
temo un suceso funesto.

(Baja por un monte un español muy cansado, haciendo de rato en rato pausas, y con ellas extremos).

- D. PE.—¿Quién deciende por la loma
de aqueste monte empinado?
- D. MEN.—Algun montero ó criado.
- D. PE.—Con harta flema lo toma.
- D. MEN.—Debe de bajar cansado.
- D. PE.—Cansado, y aun afligido
según los extremos hace.

(*Llámaſe el español que baja, Alvarado*).

ALV.—Ya tu renombre temido
dirás, España, aquí yace
sepultado en el olvido.

D. PE.—No le conozco, que viene
sangriento y desfigurado.

D. MEN.—Preguntémosle qué tiene.

D. PE.—Sin duda es este Alvarado. (34)

D. MEN.—Saber la causa conviene,
de venir como le vemos
tan mal parado y herido.

D. PE.—Alvarado, ¿qué tenemos?
¿Vuelve Villagrán vencido?

D. MEN.—¿De qué estás haciendo extremos?
Responde.

ALV.— Deja, señora
que cobre su escaso aliento,
en tanto que el alma llora
el infeliz vencimiento
que oirás de mi boca agora.

(*Siéntase al pie de la cuesta*).

Francisco de Villagrán,
teniente que fué en un tiempo

34. En *La Araucana* figuran dos soldados de este apellido Juan y Hernando, que eran primos. Por las circunstancias en que aparece el de la comedia, resulta que la alusión toca a Juan, encargado que fué de repoblar la primera vez a Concepción, de quien dice Ercilla, al referir el asalto que los indios llevaron a ese pueblo (144-5-1 a 4):

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discreción dotado.

del mal logrado Valdivia, (35)
 ocasión destes sucesos,
 pues cuando se rebeló
 todo el distrito chileno,
 no aplicó, como podía,
 el pronto eficaz remedio,
 sino que, en vez de juntarse
 con los que solo salieron
 de la Imperial, para verse
 con Valdivia en cierto puesto,
 se fué a ver con vista aguda,
 aunque de cudicia ciego,
 sacar de unas minas suyas
 el rubio metal de Febo. (36)
 Y como el oro es imán,
 y el imán atrae el hierro,
 Valdivia por ir al oro
 cometió infinitos yerros.
 Como digo, Villagrán
 determinado y resuelto,
 salió de la Concepción
 a vengar su amigo muerto.
 Y aun a llevar conducidos

35. El hecho es perfectamente exacto, pues Valdivia le nombró su teniente general cuando se marchó al Perú en Diciembre de 1547, y volvió a confiarle ese cargo después que Villagra regresó del viaje que hizo al través de las provincias de los Comechingones y Yungulo trayéndole socorro de aquel país.

36. Esta tirada de la comedia procede de lo que se cuenta en *La Araucana* (38-4):

Pero dejó el camino provechoso,
 Y, descuidado dél, torció la vía.
 Metiéndose por otro, codicioso,
 Que era donde una mina de oro había...

al sacrificio sangriento,
sus amigos y parientes
como inocentes corderos.

Y apenas con los que digo
vió de Andalicán el cerro,
de quien el nombre ha tomado
todo aquel infausto suelo, (37)
cuando los nuestros se alegran
pensando vengarse presto,
aunque más presto trocaron
en tristeza su contento.

Suben por la cuesta arriba,
y no bien sobre su cuello
las coyundas de sus pies
gallardamente pusieron,
cuando de infinitos indios
todo el monte ven cubierto,
que sólo el paso nos deja
el fiero bárbaro esento.

Pues medroso de los choques
de los caballos ligeros,
nos hizo aquella emboscada
entre peñascos soberbios.

Hicimos alto, y plantamos
seis piezas, (38) a quien los pechos
oponen, como si fueran

37. Todo lo que aquí se refiere procede del canto V del poema, en cuyo sumario «contiénese la reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalicán...»

38. Este número es exacto y aparece de *La Araucana* (82-2-1 a 3):

Villagrán con la suya a punto puesto,
En el estrecho llano se detiene;
Plantando seis cañones en buen puesto...

baluarte o terraplenos.
No así el lebrel irlandés,
que ya ve al ojo su objeto,
de la mano y la trailla
en dos pies está pendiendo,
como el escuadrón contrario,
tan corregido y sujeto,
que del castigo el temor
no es su trailla, es su freno.
Y no os espante, que en fin
deste Lautaro soberbio
(con ser de muerte las penas)
son inviolables decretos.
Después que nuestros jinetes
algunas suertes hicieron,
no en el escuadrón contrario,
señores, sino en sí mismos,
pues con sus picas se oponen
a los corceles ligeros,
de tal suerte, que afrentados
los retiran a su puesto.
Los ejércitos se mezclan,
y con ánimo resuelto
a ganar la artillería
los indios acometieron.
Y de tal suerte acometen,
que, aunque a costa de sus cuerpos,
las balas en el camino
casi casi detuvieron.
Al fin ganaron las piezas
y, en perdiéndolas, perdieron.
el campo los españoles
y las vidas los más dellos.
Los linajes de las muertes,
los géneros de tormentos
que ejecutaron en tantos

que en el alcance prendieron,
y aun aquellas que ellos mismos
se causaron, cuando huyendo
se despeñaron, por ser
el monte derrumbaderos;
no os diré, que no es posible,
ni aun lo parece, que un hecho
tan cansado como el mío
puede hacer largos progresos.
Sólo os diré que caí
con mi caballo en el centro
de un valle, y quedé con vida
y el corcel mil piezas hecho.
Y que ya la Concepción
sabrà el infausto suceso
de los que en buenos caballos
fueron en huir primeros.
Ya perdió España su nombre,
pues también la guerra es juego,
y con un falso Lautaro
le ha ganado todo el restó.

D. MEN.—No todo el resto, Alvarado,
que no sólo queda quien
defienda al bárbaro osado
lo que queda, mas también
le quite lo que ha ganado.
Sin duda que el remolino
de polvo, que en el camino
vimos, la gente le hacía,
que de la rota venía
huyendo al pueblo vecino.

D. PE.—¡Qué voces confusas suenan,
qué lamentables gemidos,
qué alboroto, qué alaridos!

D. MEN.—Los pechos rompen y atruenan
los compasivos oídos.

ALV.—Sin duda que la ciudad
desamparan ya, temiendo
del bárbaro la crueldad;

(*Miran hacia el vestuario*).

¿No ves cómo van subiendo
por el monte?

D. MEN.— ¿Hay tal maldad?

ALV.—¿No ves los tristes vecinos
cómo de ropa cargados,
del suceso amedrentados,
cubren montes y caminos,
llorosos, descarriados?
Ves los hijos tiernecillos
colgar de maternos pechos,
y asidos los mayorcillos
de la ropa, y todos hechos
de la tierna madre grillos.

¿No ves luchar con la edad,
al otro viejo cansado,
y del temor alentado
con nueva velocidad
subir el monte empinado?

¿Correr al mozo no ves
sin que ninguno le obligue,
y a la otra mujer después,
que con los ojos le sigue,
pues no puede con los pies?

D. MEN.—Calla, triste pregonero,
que no es bien que en este día
digan de doña Mencía:
todo lo miraba Nero,

y él de nada se dolía. (39)

Vamos con veloz subida
a esta gente, que hoy verás,
que aunque el temor la convida
a dar algún paso atrás,
es por dar mayor corrida.
Al más fuerte corazón
el temor pone en aprieto;
mas, la consideración
de su fama y opinión
por fuerza ha de hacer su efeto.
Salgámosles al encuentro,
que si Dios me da favor,
hoy restauramos su honor.

D. PE.—¡Esta mujer sí que es centro
de prudencia y de valor!

(Vanse, y salen en tropel mujeres, niños y hombres, cargados de vestidos y alhajas, y las mujeres con niños en los brazos.)

VIEJO.—¿No es evidente locura,
pudiendo escapar la vida,
el ponerla en aventura?

MU.—¡Ay! Patria dulce y querida.

VIE.—Salvarte agora procura.

Deja las exclamaciones.

NI.—¿Dónde, madre, caminamos?

MU.—A conocer, hijo, vamos

39. Hasta en esta alusión al Emperador Romano trascien-
de la imitación ercillana, pues en el poema se recuerda el
incendio de Roma en estos términos (118-1-1 a 4):

Nunca fué de Nerón el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sólo a tal hombre deleitosa...

de extraños las condiciones.

MOZO.—Gran pena es la que llevamos.

MU.—¿Quién de Hipómenes tuviera
los pies en esta carrera?

VIE.—Mas ¿quién tuviera la planta
de la gallarda Atalanta,
más que Hipómenes ligera?

MO.—Con asaltos tan continos
no es mucho, temor, que rompas
por los pechos diamantinos.

MU.—Ya el son de bárbaras trompas,
y de roncós tamborinos,
sin duda estoy escuchando.

VIE.—Yo también, aunque están lejos,
y parece que marchando
vienen a espacio.

MO.— En los viejos
hará riza el fiero bando.

(*Salen doña Mencía y don Pedro.*)

D. ME.—Famosos domadores del Poniente
contra el rigor de los opuestos hados,
que dilatáis la fe gloriosamente
del mundo en los confines dilatados:
qué enemigo feroz, bravo, impaciente,
os asalta los muros levantados;
y cuando les asalte, en vuestros muros,
más que en el campo no estaréis seguros.
Que del neblí la garza se recele
cuando en juntas y en tornos se le abate;
que a la cobarde liebre la desvele
el galgo que la va dando combate;
que del caimán que destrulle suele,
el diestro pececillo se recate,
hacen bien, si el contrario es tan impío;

mas, que huyamos sin velle es desvarío.
 Mirad lo que perdéis, gente perdida,
 de honor, de hacienda, de regalo y gusto;
 pues dejar vuestra patria conocida
 por hospedaje extraño, es caso injusto.
 ¿No veis que hasta el que os llama y os convida,
 os mira al tercer día con disgusto,
 y aún el pariente, si de huésped tiene
 el enfadoso nombre, a cansar viene. (40)
 Volved a vuestra patria, volved luego,
 que en retorno de haberos sustentado
 no es bien que la entreguéis al hierro y fuego
 que el bárbaro cruel la ha condenado.
 Que os acordéis de vuestra madre os ruego,
 y de aquellas entrañas que os han dado
 vida y salud por milagroso modo,
 pues quien el oro da, nos lo da todo.
 La Virgen, de quien toma el apellido
 esta ciudad, por mi palabra ofrece
 ampararla del bárbaro atrevido,
 pues de su Concepción nombre merece.
 Que si al que su pureza ha defendido
 como a Ildefonso, (41) tanto le engrandece,
 no querrá permitir que nadie asombre
 a quien de su pureza tiene el nombre.
 Y porque echéis de ver la fe que tengo

40. Pensamiento tampoco original de Rejaule, pues está también en el poema en la propia arenga de doña Mencía (III-I-I a 4):

«Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa,
 De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
 Por ir a casa agena embarazosa.
 A do tendremos misera acogida...

41. Así solía escribirse antaño el nombre del esclarecido arzobispo de Toledo San Ildefonso.

en la Virgen de culpa preservada,
 con ser flaca mujer, ya me prevengo
 a gobernar la cortadora espada.
 Mirad si este es milagro, pues yo vengo
 a dar ánimo a gente tan osada;
 y pues el un milagro llama al otro,
 y os guía una mujer, espera ese otro.

VIE.—En fe del gran valor que en ti miramos,
 y del alto socorro prometido,
 aunque con gran vergüenza, vuelta damos
 al dulce despoblado patrio nido.

Mo.—¡Eal españoles fuertes, ¿qué esperamos?

VIE.—Por su caudillo el pueblo te ha escogido.

Mo.—¡Viva doña Mencía!

MU.— ¡Vival

NIÑ.— ¡Viva!

D. PE.—Hazaña tal, en mármoles se escriba. (*Vanse*).

(*Salen Lautaro y los suyos, con bandera y caja, haciendo alarde por el teatro*).

LAU.—Reboce ya la alegría
 del pecho más fatigado
 noble y fuerte compañía,
 dando por bien empleado
 el trabajo deste día.
 Y aunque caminado habéis
 siete leguas en bien poco,
 no por eso desmayéis,
 pues ya con las manos toco
 el premio que merecéis.
 Esta es la gran Concepción,
 ciudad la más noble y bella
 que ha visto nuestra nación,
 fundada en felice estrella
 si hoy me da su posesión.

Entregaos en su tesoro
 si es que el indio busca el oro,
 y si no, por mi contento
 que deste trance sangriento
 dure eternamente el lloro.

No dejéis persona viva,
 porque, de mi historia altiva
 hoy quiero, aunque pese a Marte,
 que el tiempo la primer parte
 con sangriento humor escriba.

1.—¡Qué figuras prodigiosas
 los aires van inflamando;
 y con sombras espantosas
 y nubes caliginosas
 el cielo se está cerrando!

2.—¡Qué tempestad tan funesta!

3.—¡Qué desfrenados bramidos!

LAU.—Inaudita cosa es esta.

1.—¡Qué baladros!

2.— Mas, ¿qué ahullidos
 aturden esta floresta?

*(Parécese en los aires un dragón alado vomitando fuego y humo,
 y oýese una voz que dice:)*

3.—¿Qué es esto que por el viento
 vomitando fuego y humo
 rasga el confuso elemento?

1.— ¡Si es nuestro Eponamón sumo!

2.—Sin duda es él; oye atento.

EPO.—Yo soy vuestro Eponamón:
 ¿qué dudáis, qué os encogéis?
 acometed, pues tenéis
 por la frente la ocasión.

LAU.—Ya la tempestad pasó,

ya muestra nuestro sol bello
su luminoso cabello:
amigos, ¿no os digo yo
que ya nos franquea el cuello
el español asombroso,
y que nuestro Eponamón
a mi brazo ha reservado
la severa ejecución
de la sentencia que ha dado?
A ellos, a ellos, pues;
meted la mano en sus daños,
volved por vuestro interés,
y ofensas de tantos años
castigad en sólo un mes.
Que no es cosa nueva, nó,
para la arrogante España,
lo que con industria y maña
poco a poco acaudaló,
perder con presteza extraña.
No penséis que me he alargado,
que ahí está su rey Rodrigo,
que perdió todo el reinado
en discurso limitado,
que nos hará buen testigo.

- 1.—Deja de animar, Lautaro,
a tu gente, pues aspira
a ser de su patria amparo,
y en tus hazañas se mira
como en un espejo claro.
- 2.—No tienes ya más que hacer
no quieras más rienda dar
a quien muere por matar;
procúrala recoger
antes, señor, que alargar.
- 3.—Ya por verme encima muero
de esa cerca mal segura.

LAU.—Pues, Chilcano, ser procura
 en el asalto el primero, (42)
 que mi mano te asegura.
 un gran premio.

1.— ¿Quién, Lautaro,
 rasgando los cielos hiende
 el aire sereno y claro?

2.—Un bulto es el que descende
 en luz y hermosura raro.

(*Muéstrase nuestra Señora de la Concepción en los aires, rodeada de sus virtudes, habiendo precedido música muy suave.*) (43)

LAU.—¿Hay día de más portentos?
 no ha un punto que se espesaban
 de mil prodigios los vientos, (44)

42. En el poema figura el indio Chilca ó Chilcán, y a los que le obedecían ó eran de su tribu ó reducción, Ercilla los llama chilcanos.

43. Esta aparición de la Virgen con la advocación de la ciudad resulta imitación del «caso milagroso» que aparece contado en *La Araucana* como ocurrido ante los muros de la Imperial el 23 de Abril de 1554: episodio que dió no poco que cavilar al poeta para admitirlo como cierto y que principia a narrar en estos términos (138-2):

Cuando con claro y presuroso vuelo
 En una nube una mujer venía
 Cubierta de un hermoso y limpio velo,
 Con tanto resplandor, que al medio día
 La claridad del sol delante della
 Es la que cerca dél tiene una estrella.

44. Estos tres versos son copia casi literal de los siguientes del poema (137-2-3, 4):

Súbito comenzó el aire a turbarse,
 Y de prodigios tristes se espesaba...

y agora se desenclavan
los astros de sus asientos.

VIRGEN.—¿A dónde con tal crueldad
caminas, bárbaro ciego?

Vuélvete, Lautaro, luego,
no ofendas a mi ciudad.

Que Dios les da a sus cristianos
mando sobre ti, y advierte,
que, en no haciéndolo, la muerte
te está esperando en sus manos.

(*Están los indios por un rato embelesados, hasta que se
encubre la apariencia.* (45))

LAU.—Vámonos de aquí, que el Cielo
contra mí está conjurado;
vamos presto, que recelo
que me ha de tragar el suelo,
de sustentarme cansado.

45. Alúdese con esta voz *apariencia* a lo que ocurría en las representaciones dramáticas de aquellos tiempos. «*Aparencias*, decía Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, son ciertas representaciones mudas, que, corrida una cortina, se muestran al pueblo, y luego se vuelven a cubrir, del verbo *appareo*». A ellas hacía referencia Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, dando cuenta de los progresos del arte dramático:

Llegó el tiempo que se usaban
Las comedias de *apariencias*...

Y Cervantes, al hablar de los llamados autores de comedias, (nuestros actuales empresarios): «Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y *apariencia*, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia...» *Don Quijote*.

¿Qué mucho que nos venzáis,
 españoles venturosos,
 pues que tal dicha alcanzáis,
 que a vuestro favor bajáis
 los Dioses más poderosos?
 Sígame ya quien quisiere,
 que un punto no esperaré.

1.—Lo mismo Pran hacer quiere.

3.—Espera, Millarapué.

2.—Escápese quien pudiere.

(Vanse todos turbados, cada cual por su puerta, y salen luego doña Mencía con bastón de general, Alvarado y otros.)

D. MEN.—Abrid las puertas, cristianos,
 que el temor de mal vencido
 hoy vence los araucanos,
 indignos de habello sido
 por vuestras famosas manos.

ALV.—No te fies, gran Mencía,
 éstos que así huyendo van,
 que temo otra alevosía
 como la de Andalicán.

D. MEN.—Emboscada ser podría.

Mas, esta vez salir quiero
 a lo raso, que de verme
 entre paredes me muero;
 y si es yerro el atreverme
 ya de acortar desespero.

Una banda de caballos (46)
 tras ellos salga al momento,

46. Expresión elíptica muy corriente antaño, cuando se escribía *gente de caballo, los de caballo*, de que sería ocioso citar aquí ejemplos.

y aunque no pueda alcanzallos,
mire si alcanza su intento
con seguilles y acosallos.

(Sale don Pedro, sacando un indio preso).

¿Qué es eso, don Pedro, amigo?

D. PE.—Un indio formado, y hecho
de mármol, a quien maldigo,
pues le traigo por testigo,
y no hay descubrille el pecho.
Palabra alguna no ha hablado,
sino que, cual ves, pasmado
le topé y le traigo aquí.

D. MEN.—¿Por qué, bárbaro, nos di
el campo se ha retirado?

IN.—¿Qué es aquesto? ¿dónde estoy?
¿quién del campo me ha traído
a este puesto?

D. MEN.— Es para hoy.

ALV.—Parece que está aturdido.

D. MEN.—Ve por un potro.

ALV.— Ya voy.

D. MEN.—Que él le hará cantar, si acaso
hace el mudo de artificio;
¿no respondes?

IN.— Hace el caso
mi persona en tu servicio.

D. PE.—Este ha sido el primer paso,
o la palabra primera
que hablar le he oído.

D. ME.— Lautaro,
¿por qué con veloz carrera
se ha vuelto a ir?

IN.— Ya reparo
en mi prisión lastimera. (*A parte*).

Sin duda todos se han ido,
y a mí como me han hallado
de mí mismo enajenado
a este lugar me han traído;
escucha lo que ha pasado:
confiado y orgulloso
el gran Lautaro venía
a dar un sangriento día
a este pueblo venturoso.
Nació aquella confianza
de que nuestro Eponamón
nos dijo que en posesión
trocásemos la esperanza;
que la vitoria era cierta,
y era cierto vuestro duelo,
cuando miramos del cielo
la hermosa cortina abierta,
y rebosando alegría
bajar una nube, y della
una divina doncella,
que en noche tornaba el día.
Digo que tiniebla oscura
pareció el sol luminoso,
porque su semblante hermoso
era fuente de luz pura;
casi hasta el suelo bajó,
y la lengua desatando
(aunque con acento blando)
a todos nos asombró.
Dijonos que esta ciudad
como suya defendía,
y que la muerte hallaría
el que con temeridad
pasase adelante; en esto
a los cielos se subió;
después no sé si mudó

Lautaro de presupuesto,
sino que me hallo aquí
sin saber quién me ha traído.

D. MEN.—Veis por la Virgen cumplido
lo que entonces prometí.

¿No veis (para que os asombre)
que con divina pasión
hoy torna su Concepción,
pues defiende hasta su nombre?

¿No veis si es aventajado
el favor, gente española,
pues esto una gota sola
de sangre no os ha costado?

¡Eal fuerte gente ¡eal
muera esta infame nación;
y la sacra Concepción
de hoy más tu apellido sea.

En cualquier sangriento estrago
que con valor nos hallemos,
Concepción apellidemos
en lugar de Santiago. (47)

D. PE.—Primero la Concepción
y luego doña Mencía;
pues ha sido en este día
nuestra total redempción.

D. MEN.—A Dios solo se han de dar
las gracias desto, cristianos,
y a estos fieros araucanos
lo ya ganado quitar.

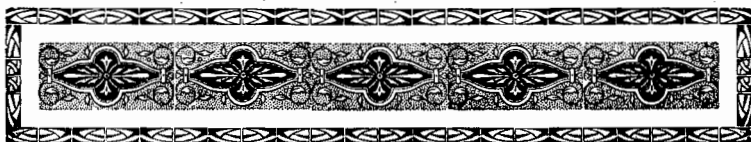
47. *Apellidar*, en sentido de *llamar, convocar en son de guerra*, especialmente. De ahí que en los antiguos cronistas de Chile sea frecuente la frase *apel'idar la tierra*. Sé la halla también en Cervantes: «Púsose ella asimismo a la ventura y a grandes voces comenzó a *apel'idar* la gente de la calle, diciendo...» *Persiles y Sigismunda*, p. 670, ed. Rivad.

ALV.— Tú nos rige y nos gobierna,
Mencía fuerte y famosa.

D. PE.— Desta hazaña milagrosa
será la memoria eterna.

(Entranse, dando con esto fin al acto segundo.)





ACTO TERCERO

(Salen doña Mencía de Nidos y don Pedro de Villagrán).

D. PE.—Ya que sola puedo hallarte,
sin que acosando te estén
fieros ministros de Marte;
aunque eres todo mi bien
de mi mal te he de hacer parte:
No porque la tengas dél,
que eso no sería acción
de un amante pecho fiel,
sino porque compasión
tengas de mi mal, cruel:
que la compasión es hecho
tan heroico y tan extraño,
que de la invidia a despecho
a costas de ajeno daño
tiene singular provecho.

Mira si en obligación
 a estarme, señora, vienes,
 pues te convidó a una acción
 que tú el premio della tienes,
 y tengo yo la pasión.

D. MEN.—Aunque llegues a alcanzar
 que esa compasión te ofrezca,
 si es que no te pienso amar,
 don Pedro, ¿qué has de sacar
 de que yo me compadezca?

D. PE.—¿Qué he de sacar? en favor
 ver trocada tu crueldad;
 que el compasivo dolor
 nace de la caridad,
 y es la caridad amor.

D. MEN.—Sofística es tu razón,
 llena de falsa apariencia:
 quien ama todo es pasión,
 y así ignoras la excelencia
 de la humana compasión.
 Aunque yo me esté doliendo
 de un dolor fiero y cruel,
 si en un pobre le estoy viendo,
 ¿obligome a que muriendo
 me esté por amores de él?
 Mas, que para que yo halle
 de ajeno mal galardón
 no he menester remedialle
 sino sólo que en miralle
 tenga del mal compasión.
 Y así, don Pedro, te digo,
 que me pesa del rigor
 que el amor usa contigo,
 mas no por eso me obligo,
 ni pienso tenerte amor.

D. PE.—Triste, con esto ¿qué aguardo

del fiero amor riguroso?

D. MEN.—Aunque a don Pedro acobardo,
le quiero bien, que es gallardo
y en los trances animoso.
Pero no puedo acabar
con mi altiva condición
que me hayan de sujetar,
y en llegando esto a pensar
me revienta el corazón.

(Sale un paje).

PAJ.—De llegar acaba agora
un bárbaro a tu real,
que quiere hablarte, señora.

D. MEN.—¿Quién es?

PAJ.— Mi pecho lo ignora,
mas, parece principal.

D. MEN.—Dile que entre; la tristeza
desecha, don Pedro fuerte,
y mi rigor y aspereza
que se ha de vencer, advierte,
con valor y fortaleza.
No quiero más enterarte
de mi pecho endurecido,
sólo sujeto y rendido
a las insignias de Marte,
no a las flechas de Cupido.

(Sale Rengo solo).

REN.—Famosa doña Mencía
de Nidos, fuerte Belona,
a quien nuestro Arauco llama
la Bellígera Española.
Tú, que con tus grandes hechos
resucitas la memoria

(para darle nueva muerte)
de las fuertes Amazonas,
pues dellas nos acordamos
por tus hazañas famosas,
y nos olvidamos dellas
por tus proezas heroicas;
tú que del supremo alcázar
con tu fuerza milagrosa
deciendes las deidades
que nos espantan y asombran;
tú, que al aleve Lautaro,
a quien ya la gente toda
a veces furia le llama,
y a veces rayo le nombra;
en medio el curso furioso
de sus triunfos y vitorias,
le detienes, le retiras,
le amedrentas y le postras,
como se vió, cuando a vista
de la ciudad belicosa
de Santiago, hizo un fuerte,
lleno de arrogancia loca. (48)
Mas, tú, en el primer asalto
con tu gente valerosa
a términos le trujiste
de dejar la plaza sola:
tanto, que ya quebrantada
su soberbia vanagloria,
de las armas apeló
para una astucia engañosa:
y fué, que viendo que el sitio
cercado está a lá redonda
de montañas, de manera

48. Alude al fuerte que hizo Lautaro en Mataquito.

que el hondo valle coronan,
y la vega coronada
de acequias es tan copiosa,
que, derribando los diques,
la vega en pantano tornan,
quiso anegar aquel suelo,
porque la ligera tropa
de tus caballos hundida
quedase en la tierra floja
y él pudiese sin peligro
cantar la infame vitoria,
pues como pájaro en liga (49)
tuviera la gente toda.
Pero tú le penetraste
el intento, y a la sorda
alzaste el campo una noche,
que le hizo noche su gloria.
Y como cobarde liebre
le tienes cerrado agora
en otro fuerte, que el miedo,
aunquc es flaco, fuertes forma.
Y, finalmente, tú que
llegas a ser tan dichosa,
que Rengo a servirte viene

49. Ardid de guerra verdaderamente extraordinario, que acusa el gran talento estratégico del indio, en un todo exacto, por lo demás, con los dictados históricos del poema, de los cronistas y de los documentos. La comparación estampada en la comedia está copiada de *La Araucana* (198-4-1 a 4):

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados;
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados.
Adonde, si aguardaran, los cogieran
Como en liga a los pájaros cebados..

con su gente y su persona:

Rengo, aquel que con razón
 muchos Régulo le nombran,
 porque como basilisco
 mata con la vista sola; (50)
 no tienes ya qué temer,
 que eso a Lautaro le toca,
 pues en tu favor le busca
 esta diestra valerosa.

Y esto no me lo agradezcas,
 agradécelo a tus obras,
 que a los cobardes encogen
 y a los fuertes apasionan.
 Con cuatrocientos vasallos
 vengo a servirte, señora,
 y más trujera, a no ver
 qué éstos conmigo te sobran.

Diestros en flechar un arco,
 tanto, que amor dellos toma
 liciones para lisiar
 las almas que se remontan.

¡Ea! pues, fuerte Camila;

eal valiente Zenobia;

que en tu favor he venido

por cobrar solo a Guacolda. (*Aparte*).

D. MEN.—Por cierto, araucano fuerte,
 por dichosa me juzgara,
 cuando (aunque es mucha mi suerte),

50. Tal creencia era vulgar en aquellos tiempos y pasaba como indubitable. De esa propiedad del basilisco trató Plinio en el capítulo XXI del libro VIII de su *Historia Natural*, la hizo valer Lucano en su *Farsalia* (libro IX), y Ercilla incluyó los ojos del basilisco entre los ingredientes que había en la botica del mágico Fitón. En poesía, la comparación a los ojos del basilisco era muy frecuente.

otra cosa no sacara
mas de hablarte y conocerte.
Cuanto y más pensando ver
la muerte deste traidor
que tan bien lo sabe ser,
pues tiniendo tu favor,
por cierta la he de tener.

REN.—Ya que mi valor no ignoras,
ni yo tu gusto, pues veo
que en la muerte déste adoras;
quiero cumplirte el deseo
antes que pasen dos horas.
Con tu licencia a Lautaro
pienso hacer un desafio,
donde verás si el amparo
dese bárbaro gentío
tiene contra mí reparo.
Y ha de ser antes que dé
descanso al cuerpo cansado;
y a ese aleve mostraré
cómo se rompe la fe
de Valdivia mal logrado.

D. MEN.—Nó, Rengo, por vida mía,
que tiempo tendrás después.

REN.—Perdona, doña Mencía,
y advierte que es mi interés
que no pase deste día.
Bien lo sabe quien no ignora
el rigor de mi cuidado; (*A parte.*)
porque palabra, señora,
por cumplir no la he dejado
un solo punto hasta agora.

D. MEN.—De tu valor los extremos,
Rengo valeroso y fuerte,
en la batalla veremos.

REN.—Mejor será que probemos

la mano con esta suerte.

D. MEN.—Hágase en todo tu gusto.

REN.—O el tuyo, segundo sol.

D. MEN.—¿Deste bárbaro robusto
no huía aquel españo
con pena y mortal disgusto?
¿No es éste con quien tuvimos
comenzada la cuestión?

(*Hablando aparte con don Pedro.*)

D. PE.—Sin duda es este a quien dimos
(tú a lo menos) opinión
de fuerte, por lo que vimos.

D. MEN.—Rengo, ¿a dicha hémonos visto
los tres otra vez?

REN.— Sin duda,
cuando en los dos halló ayuda
mi enemigo; aquí resisto (*A parte.*)
mi dolor con lengua muda.

D. MEN.—¿Y tras quién ibas volando?

REN.—Esa pretensión desecha,
que he de responder callando.

D. MEN.—Esto me va confirmando
en mi primera sospecha,
que aquel hombre era mujer.

(*Sale Rauco.*)

RAU.—Ya, señor, tu gente tienes
en el campo, ¿qué ha de hacer?

REN.—Que se quede aquí en rehenes,
mientras yo tardo a volver.
Quédese en guarda y defensa
de la gran doña Mencía,
mientras doy la recompensa.

a quien ser inmortal piensa
de su grande alevosía.
Tú, Rauco, vente conmigo,
pues también parte te alcanza
de aquesta empresa que sigo;
que del agravio y venganza
quiero que seas testigo.
Guárdete el Sol. (51)

D. MEN.— El te guíe,
y si puede, te dé suerte,
y de daño te desvíe.

REN.—Quien fía en su brazo fuerte
no es bien que en la suerte fie.

(*Vanse los dos indios, quedando doña Mencía y don Pedro*).

D. MEN.—Don Pedro, advierte, no hacemos
bien, si así nos descuidamos
de lo que a Rengo debemos,
y tan solo le dejamos
en el peligro que vemos.
A desafiar salió
cuando menos a un teniente
de general, ¿qué sé yo,
si Lautaro de impaciente,
viendo que se le atrevió,
le manda prender?

D. PE.— ¿Querrias
ir de Rengo en seguimiento
con algunas compañías?

D. MEN.—Ese, don Pedro, es mi intento.

51. Ya se dijo, cuando en el *Gobernador prudente* de Avila ocurrió una frase parecida, que ella podía pasar en boca de los súbditos de los Incas, pero no en la de los compatriotas de Caupolicán.

D. PE.—Y acertado, y aún podrías
a la revuelta (si acaso
Lautaro le hace traición)
hacer alguna facción
de importancia.

D. MEN.— Pues al paso
salgamos a la ocasión.

(Vanse, y salen Lautaro y Guacolda, ya en hábito de mujer)

GUA.—Como vestida me hallé
de español, y acerté a vellos,
a mis armas apelé,
que son mis pies, y por ellos
de sus manos me libré.
No bien seguras están
mis desdichas deste trance,
cuando los aires me dan
nuevas del sangriento alcance
del cerro de Andalicán.
Y un indio que perseguía
la triste medrosa gente
que de tus manos huía,
quiso verter insolente
mi sangre de miedo fría.
Que era yo español pensó,
mas su bárbara costumbre
por entonces suspendió,
y la muerte en servidumbre
desde luego conmutó.
Yo que vi que era ocasión
la esclavitud para verte,
troqué en gozo la pasión,
teniendo por feliz suerte
la más esquivada prisión.

LAU.—Según eso que te he oído,

hasta la dichosa hora
que te vi, dulce señora,
no te había conocido
Chilcano.

GUA.— Hasta que me ví
en tu toldo no le dije,
cómo solo el Sol te elige,
mi Lautaro, para mí;
cómo después de las nubes
de tanto engaño pasado,
subo yo a tan alto estado,
tú, aunque no bajas, no subes.
Pues subir más, no es posible;
bajar tampoco, señor;
que me empareje el amor
con tu alteza inaccesible.

LAU.— No me digas más, por Dios,
que te agravias por honrarme,
y has de venir a agraviarme,
pues somos uno los dos.
No publiques mis consuelos
al viento que los escucha
porque mi pasión es mucha,
y tendré del viento celos.
Para decir tu contento
las palabras son forzosas
y palabras tan sabrosas
no es bien se las lleve el viento.
Esa excelencia le toca
a ocasión más oportuna,
cuando distancia ninguna
haya de una a la otra boca.

GUA.— Discurso de lisonjeros
el tuyo me ha parecido.

(Sale un soldado indio).

SOL.—Unos indios han venido
en tu busca, que de fieros
tienen la campaña llena. (52)

LAU.—¿Cuántos son los indios?

SOL.— Dos.

LAU.—Vengáis en mala hora, vos,
pues me la quitái tan buena,
que a los otros desde aquí
el castigo les prevengo;
¿conociste alguno?

SOL.— A Rengo,
gran Lautaro, conocí.

LAU. Ven, mi bien incomprehensible,
a la cerca, porque vea
que gozo lo que él desea,
y él desea un imposible.

(Vanse, y salen Rengo y Rauco).

REN.—Si este encerrado traidor
mi desafío no admite,
recelando que le quite
la ocasión de mi dolor;

52. *Fieros*, que vale *bravatas*, *baladronadas*, en cuya acepción, según parece, carece de singular, pues siempre se halla usada esa voz en plural. Así, en *La Araucana* (120-5-8):

Grandes *fieros*, bravézas y desgarros...

y así también en dos ocasiones nuestro Pedro de Oña, entre los muchos autores que pudieran citarse (*Arauco domado*, canto XV:)

Para sacar el preso a puros *fieros*...

Estragos, muertes, *fieros* ni amenazas...

por el alto cielo juro,
 que aunque estorbo se me ofrezca,
 antes quel alba amanezca
 amaneceré en su muro,
 y guiaré a doña Mencía 53)
 por camino a este su fuerte,
 que en la noche de su muerte
 trueque el venidero día.

A esta ejecución me esfuerza
 el estado a que he venido,
 y el ver que está permitido
 hacer a la fuerza fuerza.

Si él vive, yo he de acabar;
 muerto, vida he de tener;
 pues matar por defender
 ¿quién lo puede condenar?

RAU.—Por el Sol, a quien consagro
 mi vida, que estoy temblando,
 y que el morir dilatando
 vivo agora de milagro:
 que es el rigor deste loco
 tan grande cuando se enoja,
 que si al abismo me arroja
 le parecerá que es poco.

*(Salen al muro, que ha de estar tan bajo cuanto sea posible,
 Lautaro, Guacolda, Chilcano y dos indios).*

LAU.—¿Qué quieres, Rengo atrevido?
 dime primero si vienes
 de paz ó guerra.

53. Todo lo relativo al indio que sirvió de guía a Francisco de Villagra (cambiado aquí en doña Mencía) para conducirle al fuerte en que estaba atrincherado Lautaro, está contado en *La Araucana*, página 204 de la edición del Centenario.

REN.— ¿Ya tienes
 mi agravio puesto en olvido?
 ¿Piensas que puedo enemigo
 tener paz mientras tú vivas,
 si de la vida me privas
 teniendo mi alma contigo?
 Pues en Guacolda la tienes,
 a quien se la di en ofrenda,
 y ella me paga esta prenda
 con agravios y desdenes.
 Pues si lo piensas, te engañas,
 y en primer lugar, advierte,
 que sirvo a Mencía fuerte,
 prendado de sus hazañas.
 Y que, así, será forzoso
 seguir su justa querella,
 y probarte en nombre della
 que eres Lautaro álevoso,
 que vendiste infamemente
 al que de ti se fió,
 y, según dicen, crió
 en su casa tiernamente. (54)
 Y por no alargarme más,
 por esto te desaffo;
 y en mi Eponamón confío
 que no te arrepentirás,
 no por faltarte pesar,
 que ya te le da el temor,
 sino porque mi rigor

54. Refiere, en efecto, Ercilla, al introducir a Lautaro en el poema en la batalla de Tucapel (47-I-1 a 4:)

Un hijo de un cacique conocido,
 Que a Valdivia de paje le servía
 Acariciado dél y favorito,
 En su servicio a la sazón venía....

no te dará ese lugar.

Con esto sabrás si vengo
por tu muerte ó por tu amparo.

LAUT.—¿Sabes, di, que soy Lautaro?

REN.—¿Y sabes tú que soy Rengo?

LAUT.—¿Sabes que mi brazo fuerte
(cuando tantos no tuviera
en toda esta gente fiera)
te dará, infame, la muerte?

REN.—¿Y sabes que a eso he llegado
y a saber en conclusión,
si, vivo aquí este león,
es lo mismo que pintado?

LAUT.—Pues espérame y verás
cómo me arrepentiré,
y quién el fijado pie
mueve adelante ó atrás.

(Quiere bajar y detiένenle todos).

GUAC.—¿Mi bien?

CHIL.— Señor, ¿qué es tu intento?

¿Así pones en olvido
por un bárbaro atrevido
tu oficio y predicamento?
¿No ves que el sacro Senado
que tu gran crédito aumenta,
te pedirá estrecha cuenta
del oficio que te ha dado?
Desafío singular,
y de tu persona quita,
que no es bien que lo permita
quien te lo puede estorbar.
Mándale luego prender
y hacer su cuerpo un erizo

de flechas, y ese mestizo (55)
sabr  como ha de temer.

LAUT.—Déjame, que este enemigo
no quiero que de arrogante
diga que no fué bastante
a dalle el justo castigo
y que así lo fué a mandar
a mi gente, y si este oficio
da de cobardía indicio
al punto le he de dejar.

(*Arroja el bastón*).

Ya no soy Teniente, no,
Lautaro, soy araucano.

REN.—Dejalde bajar, villanos,
s , de veras lo mando;
mas estará de concierto
para este fin con vosotros.

IND. 1.—Deja que vamos nosotros.

GUAC.— Ay! que aun a hablalle no acierto.

 D nde vas, esposo mío?
ten de Guacolda clemencia,
sin poner en contingencia
tu persona en desafio.

 Porqu , mi prenda querida,
darme la muerte procuras?

 No echas de ver que aventuras
dos vidas en una vida?

Pues de ti mi vida pende,
como la tuya de mí:
y así, cuando no por ti,

55. Rengo, bien sabido es, no era mestizo. Chilcano, al apodarle así, quiso significar que desdec a de su sangre araucana y llegaba a parecer español.

por mi ocasión te defiende.
 Y más que desta contienda
 (si lo adviertes sin pasión)
 no es Valdivia la ocasión,
 sino yo, que soy tu prenda.
 Y si estoy en tu poder,
 dime, mi bien ¿qué procuras?
 ¿no echas de ver que aventurás
 no a ganar, sino a perder?

LAUT.—Y dime, esposa, ¿es razón,
 que, mientras vida sustento,
 en humano pensamiento
 quepa de ti pretensión?

REN.—Suelta, y deja a ese tu amigo,
 y verás quién te merece.

GUAC.—Si es que el alma te aborrece,
 ¿qué quieres de mí enemigo?

CHIL.—Toma, señor, el bastón.

LAUT.—Desvía, Guacolda, agora.

GUAC.—Ten ya de mí compasión.

LAUT.—Pues no me dejas, señora,
 espérame, fanfarrón.

(Arrójase Lautaro del muro).

IND. 2.—¿Quién vió tal temeridad?

GUAC.—¡Santo cielo, qué he causado!
 pues no te irás solo, no,
 que ya te sigo, Lautaro.

(Quiere arrojarse tras él y detiéndenla).

CHIL.—¿Qué haces, señora?

GUAC.— Dejádme
 ir tras él, aunque a pedazos
 le siga.

- IND. 1.— ¡Notable amor!
- GUAC.—Agora verás, villano,
si es Lautaro el que se excusa
con la obligación del cargo.
- REN.—Quizá te fuera mejor,
y no dar en temerario;
mas, no serás el primero
que tras su fin va volando.
- RAU.—Voime antes que los del fuerte
salgan; perdone mi amo;
que a imitación las locuras
no obligan a los criados. (*Vase*).
- CHIL.—Cielos, ¿qué es esto que miro?
gran traición es ésta; ah! falso
Rengo traidor, ¿así vienes
al desafío? ah! soldados!
abrid las puertas del fuerte,
¡al arma! ¡al arma! que el campo
cubre el ejército aleve
del español arrojado.
Salid, que Rengo traidor
tiene en el campo a Lautaro;
salid, salid, que está solo,
amparad a vuestro amparo.
Vosotros dos de Guacolda
os encargad, mientras salgo
a valer a mi caudillo,
ó a dar mi vida a su lado.

(*Bájase Chilcano, quedando Guacolda siempre haciendo
muestras de arrojarse*).

- GUAC.—¡Ay! ¡triste de mí! dejadme,
traidores; soltad villanos,
- LAUT.—¿Qué es esto, Rengo alevoso?
¿así vienes a hacer campo

(Hace como que echa de ver el socorro).

con un ejército entero
en retaguardia?

REN.— Lautaro,
por mi Eponamón te juro,
que sólo con un criado
al desafío he venido:
tú sí que usas falso trato
conmigo, pues que sin duda
a los tuyos has mandado
que salgan en tu favor.

(Hace también muestras que ve salir los del fuerte).

¿No lo ves? ¿tú eres el bravo?

LAUT.— ¿Qué dices, aleve?

REN.— ¡Qué!

Mas, ¿qué haces tú? villano.

LAUT.— Pues porque entiendas, traidor,
mi inocencia en este caso,
sígueme, y en este bosque
verás si mi mi fuerte brazo
necesita para ti
de otro favor.

REN.— Acertado
ha sido tu parecer.

GUAC.— ¡Triste yo, esposo Lautaro!

IND. 1.— Vamos, señora, de aquí,
que hemos de salir al campo
en defensa de tu esposo.

LAUT.— Ven..

REN.— Ya voy..

LAUT.— Sigue mis pasos,
y hallarás presto la muerte.

REN.— Ya yo la traigo en mis manos,
mas para dártela a ti.

(*Vanse los dos*).

GUAC.—Qué es esto, cielo indignado,
¿quién de Marte a la braveza
juntó de amor los regalos?
¿nunca yo quisiera bien
a un hombre tan arrojado!

(*Bájanse del muro, y salen los indios, acaudillándolos Chilcano*).

IND. 1.—¿Dónde le dejastes?

CHIL.—¿Donde?

aquí quedó batallando;
por aquí saltó del muro
cual si fuera un suelto pardo:
aquí a Rengo acometió.

IND. 2.—¿Pues dónde estará Chilcano?

CHIL.—Yo qué sé; mas ya tenemos
tan cerca nuestros contrarios,
que buscallo es imposible.

IND. 1.—Tomemos, pues, por amparo
el abrigo destes muros;
y si el español a caso
es superior en poder
entraremos volando.

IND. 2.—Temblando de miedo estoy.

CHIL.—En no ver al gran Lautaro
en la batalla, estoy viendo
que ha de vencer el contrario.

(*Vanse, y sale doña Mencía, don Pedro y los demás españoles que puedan*).

D. MEN.—¿No os dije yo que corría
gran peligro Rengó?

D. PE.— Saltos

me da el leal corazón
 todo el camino, y prestado
 habrá a mi corcel las alas
 que ha traído en pies y manos.

D. MEN.—Pues alas al corcel das,
 llamalle puedes Pegaso.

D. PE.—Siempre te burlas de mí.

D. MEN.—¿Qué es esto? los araucanos
 se retiran a su fuerte;
 aquí ha habido algún engaño.
 Sin duda Rengo está preso,
 que es muy falso este Lautaro,
 y emboscado habrá tenido
 algún escuadrón, en tanto
 que con Rengo hacía batalla.

D. PE.—Por cierto lo tengo; vamos
 antes que cierren las puertas,
 y de la cerca el amparo
 tomen.

D. MEN.—Bien dices, don Pedro,
 ¡a ellos! que el cielo santo
 esto ha ordenado sin duda,
 para que entremos mezclados
 en el fuerte, y la vitoria
 cantemos en breve espacio;
 ¡eal fuertes españoles
 ¡al arma! ¡al arma! soldados. (*Vanse*).

(*Salen batallando Lautaro y Rengo*).

LAUT.—Nunca tuve por tan fuerte
 a Rengo.

REN.— Bravo es Lautaro,
 pues con el mismo tesón
 está que cuando empezamos.

LAUT.—Dos horas há que reñimos,

y en todas dos no ha mostrado
señal de flaqueza alguna.

REN.—Cansado estoy, y si a caso
esto dura, yo soy muerto.

LAUT.—¡Qué mal hice en hacer campo
solo, dejando a los míos
a vista de los contrarios!
ahora caigo en la cuenta.

REN.—Noche, el tenebroso manto
acaba de descoger,
no llegue la de mis años
antes que tú.

LAUT.— Fuerte Rengo,
bien ves ya que el negro ocaso
al sol nuestro Dios hospeda,
y que a oscuras batallamos;
no muramos como brutos;
el desafío aplazado
quédese para otro día.

REN.—Como tú gustes, Lautaro;
gran suerte ha sido la mía, (*A parte*)
pues con la paz me ha rogado,
estando en términos yo
que iba ya a hacer otro tanto.

LAU.—Guárdete el cielo; ah! gobierno!
lo que hoy has podido; ah! cargo!
¡qué ocasión haces que pierda,
que victoria me has quitado! (*Vase*).

REN.—Si estoy herido? sospecho
que no, y que mi mayor daño
no le causa herida alguna,
sólo le causa el cansancio.

(*Vuelven a salir doña Mencía, y los suyos, y Rauco, indio.*)

D. MEN.—¡Ah! noche, enemiga mía,
si son medrosos tus pasos,
¿quién osadía les dió
para burlar de mis manos?
¿Quién de Josué tuviera
la viva fe y los caballos
con frenos de exclamaciones
parara del sol dorado?
¡Qué grande ocasión perdí!
en suma, ¿qué dices, Rauco?
que Rengo no queda preso,
y que por aquí se entraron
él y Lautaro a reñir.

RAU.—Así es, si no me engaño
con lo oscuro de la noche.

REN.—Gente viene; este peñasco
de escudo me servirá
si a caso fueren contrarios.

RAU.—¿Quién va allá?

REN.—¿Rauco no es éste?
Rengo soy.

RAU.— Ya hemos hallado
a Rengo..

D. MEN.— Rengo valiente,
por tu fe que nos has dado
un mal rato, deste aleve
recelando algún engaño,
que es por extremo engañoso:
¿Sabes de él?

REN.— No ha mucho espacio
que nos dividió la noche
y el desafío ha quedado
para otro día.

D. MEN.— También
 hoy, Rengo, me ha salteado
 la noche una gran vitoria.

REN.— Pues si ella te la ha quitado,
 el día te la dará,
 ó mal me andarán las manos.
 Sólo el plazo de esta noche
 tiene de vida Lautaro;
 vamos, y de mí confía.

D. MEN.— Vamos, Rengo.

REN.— Amor tirano
 tú me haces traidor en fin,
 por no ver el de mis años.

(Vanse todos y sale Lautaro).

LAUT.— ¿Qué es esto? cielo indignado,
 ¿qué torpeza has infundido
 en mis pies? ¿quién ha podido
 dejarme tan atajado
 que no acierte con el fuerte
 estando tan cerca dél,
 y en vez de topar con él
 topo anuncios de la muerte?
 Todos son tristes agüeros,
 todas son funestas aves;
 todos son tormentos graves,
 todos son espantos fieros;
 ya el cabello se me eriza
 sin que vea la ocasión,
 ya, apretado el corazón,
 con saltos me atemoriza.

(Dice una voz de adentro:)

ADEN.— ¡Lautaró!

LAUT.— ¿Quién me llama? ¿sueño ó velo?

que me he engañado recelo,
yá que ese engaño reparo.

ADEN.—Lautaro.

LAUT.— Otra vez maldigo
mi temor; sombra, ¿qué quieres?

*(Corren una cortina y descúbrese una muerte que le está
flechando una flecha).*

MUER.—No es mucho que así te alteres
pues el cielo es tu enemigo;
con esta flecha a mis manos
morirás, Lautaro fiero.

LAUT.—Matárate yo primero;

(Vale a dar con la espada, y la figura se hunde).

¿qué es esto? cielos tiranos.
¿Pensáis que por sombras tristes
me he de rendir al temor?
¿no sabéis bien el valor
que en este pecho infundiste?
Mas, si es este encantamento,
y Rengo al mago Phitón (56)
consultó en esta ocasión
para aliviar su tormento,
y el viejo loco procura
con asombros darme muerte;
si tal es, mi brazo fuerte
desde agora te la jura;
en tu cueva me has de ver,
y ellá de tu sangre fría

56. Phitón, así aparece siempre escrito este nombre en las antiguas ediciones del poema, ajustándolo en eso a su procedencia griega.

se verá regada; envía,
 envía todo el poder
 del Infierno contra mí;
 que ni a Rengo le darás
 a Guacolda, ni podrás
 librarte, Phitón, de mí.

(*Vase, y sale Guacolda con Chilcano y otros indios, y ellos con hachas, ó hachas encendidas.*)

CHIL.—¿No ves cómo en aspereza
 todo este monte, Guacolda,
 extremó naturaleza,
 pues del pie a la cumbre entolda
 de arcabucos y maleza.
 ¿Ves cómo fuera mejor
 que dentro el fuerte quedaras,
 y aunque es grande tu dolor,
 de nosotros confiaras
 buscar tu perdido amor?
 Pues es cierto que el cristiano
 no le mató, ni prendió;
 que el astuto Mauregano (57)
 al español espío
 hasta el pasar del pantano,
 y así en el monte por fuerza
 ha de estar Lautaro.

GUAC.— Amigo,
 ¿sabes del amor la fuerza?

CHIL.—Tal vez fuí della testigo.

GUAC.—¿Y te espantas si me esfuerza

57. En el nombre de este indio media una metátesis respecto del que realmente tenía, según como aparece escrito en *La Araucana*: Mauregano, por Mareguano.

a emprender cosas más fuertes
 por buscar a mi marido?
 es posible, ¿que no adviertes
 que él perdido, está rendido
 mi pecho a infinitas muertés,
 y que el valor de mi estrella
 así mi amor acrisola,
 que por lograr mi querella
 sin luz emprendiera, y sola
 lo que con vosotros y ella?

(Suena adentro una voz muy dolorida).

ADEN.—¡Ay!

CHIL.— ¡Válganos el Soll! ¿qué es esto?

ADEN.—¡Ay!

GUAC.— ¡Qué terrible temor
 me ha turbado y descompuesto!

CHIL.—¡Qué amargo que es el dolor,
 cuando el ¡ay! es tan funesto!

(Están divertidos todos mirando hacia una parte y otra y Guacolda hacia la que está una tramoya en que aparece Lautaro atravesado de una flecha, lo que ve solo Guacolda).

GUAC.—¿Qué es lo que mirando estoy,
 qué visión tan espantosa,
 qué mano tan rigurosa
 pudo herirte? ¡muerta soy!
 Lautaro ¡muerta es tu esposa!

(Va a abrazalle, y desaparece la apariencia, y ella cae desmayada).

CHIL.—Señora, ¿en el suelo? ¡Ay! triste,
 qué puede ser?

IND. 1.— Si es que vió
 algún portento?

CHIL.— ¿Tú viste
algo?

IND. 2.— Tampoco yo
oí más de lo que oíste.

IND. 1.— Si el cansancio del camino
la rindió?

CHIL.— ¡Qué desatino!
¿tan grande efeto en un punto
había de hacer?

IND 2.— Aun difunto,
su rostro es más que divino.
¿Qué hemos de hacer?

CHIL.— ¿Habría a caso
por aquí alguna corriente?

1.— No muy lejos una fuente
oí murmurar, del caso.

CHIL.— Ve por agua diligente,
y olvida agudezas.

IND. 1.— Voy.

(Sale Lautaro).

LAUT.— A esta luz, ó norte hermoso,
más gracias que al cielo doy;
qué camino tan fragoso,
¿qué es lo que mirando estoy?
Lautaro, ¿qué es lo que ves?
¿no es Guacolda ésta, y aquél,
Chilcano, amigo?

CHIL.— ¿Quién es?

LAUT.— Yo soy, ¿qué suerte cruel
puso mi cielo a tus pies?

CHIL.— En tu busca nos sacó,
viendo que tardabas tanto,
y desmayada cayó;
no sé si es amor ó espanto

quien este efeto causó.

LAUT.—Si es que también a mi esposa
Rengo y Phitón han propuesto
alguna sombra espantosa;
pues venga el Aurora hermosa,
que yo os daré un fin funesto.

(*Arrodillase de una rodilla, y sobre la otra pone la cabeza de Guacolda*).

¿Qué tenéis, mi bien, mi cielo,
quién os pudo dar enojos?
volved en vos, mi consuelo,
y abrid (alegando el suelo)
el cielo de aquesos ojos.

(*Abre despavorida los ojos*).

GUAC.—¿Esposo?

LAUT.— Señora mía,
¿quién de vuestro rostro bello
robó el color y alegría?
¿quién desordenó el cabello
que como el del sol luz cría?
¿No respondéis?

GUAC.— ¿Vivo estáis?

LAUT.—¡Hay más terrible dolor!
si vos, mi bien, me matáis
con vuestros ojos de amor:
decidme, ¿qué preguntáis,
Muerto de amores por vos?

GUAC.—Lautaro?

LAUT.— ¡Regalo mío!

GUAC.—Sí, me haréis, como confío,

una merced que a los dos importa.

LAUT.—El libre albedrío

Vos sola le suspendéis,
si es así, ¿porqué teméis?

GUAC.—Pues, yo os pido, en conclusión,
que en la primera ocasión
en la batalla no entréis.

Hacedme tan gran favor;
esposo, ¿en qué reparáis?
si por dicha en vuestro honor,
Lautaro mío, topáis,
topad también en mi amor.
Esto por mí se ha de hacer.

LAUT.—Pues decidme, ¿qué os obliga,
esposa mía, a temer?

GUAC.—Un agüero me fatiga.

LAUT.— Y es?

GUAC.— No se puede saber.

LAUT.—Que no hay agüero fatal;
dejaos ya, mi bien, de agüeros.

GUAC.—Estos míos son muy fieros,
y como anuncien mi mal
ellos saldrán verdaderos.

Teme, Lautaro, y no pienses
que es mengua el tener temor,
cuando es del cielo el rigor.

LAUT.—Bien es, mi bien, que dispenses
algún rato en tu dolor.

Vamos al fuerte, señora,
y asegura el triste pecho,
que el mío tu gusto adora,
nunca al temor pagué pecho, (*Aparte*)
y se le ha pagado agora.

(Vánse, y bajan por el monte doña Mencía, don Pedro y otros españoles, guiándolos Rengo, con algunos indios con arcs y flechas por armas).

REN.—¿Qué te parece, señora,
desta senda?

D. MEN.— Que no toco
sino abrojos hasta agora.

REN.—Nunca mucho costó poco. (58)

D. MEN.—Ya parece que la Aurora
quiere anunciar la venida
del bello Sol mal despierto.

D. PE.—Jamás estuvo escondido
donde tú vienes.

D. MEN.— Por cierto
que estoy bien entretenida.
¿Agora es tiempo de dar
fuerzas al tirano amor,
que nos la suele quitar?
deja, don Pedro, de hablar,
y manos a la labor.

58. Esa sentencia en boca del indio araucano resulta de un clasicismo tal, que es, ni más ni menos, que simple copia, al pie de la letra, de la empresa, como se decía antaño por las divisas que solían usar los caballeros, de la que sacó doña Catalina Manrique y que tan celebrada fué. En *La Araucana* aparece parafraseada así (223-3-3, 4):

No sin grave trabajo, que sin esto,
Hacer mucha labor es excusado....

Y es lo mismo que Clara, Dorotea y sus acompañantes oyeron en la venta que cantaba aquel hijo de un caballero de Aragón, disfrazado de mozo de mulas:

Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuestá.

REN.—Ya heroica española, estamos
al pie del fuerte empinado,
que sin defensa miramos,
porque al contrapuesto lado
las centinelas dejamos.

A este lado, como está
de aquesta sierra importuna
abrigado, no hay ninguna;
porque ¿quién recelará
por aquí adversa fortuna?
Agora que el aire oscuro
se adelgaza, atalayado
habrán los deste otro lado,
y viendo el campo seguro
a dormir se habrán bajado.

D. MEN.—Si es así, ya llegó el punto
que la ocasión nos promete
su procurado copete.

D. PE.—Hoy nos pagarán por junto
lo que deben.

REN.— Tú acometes
por este lado, y a una
todos en el fuerte entremos.

D. PE.—Muera esta gente importuna.

D. MEN.—Concepción apellidemos.

REN.—Ayúdeme la fortuna.

(Entran los españoles por una parte, y los indios por otra con diversos apellidos, unos Concepción, otros España, otros doña Mencía, y otros Rengo; salen después dos o tres indios mal vestidos, y peor armados, el uno con una maza, y el otro con una celada, y dicen:)

1.—¿Dónde vais, gente turbada?

2.—Dame esa maza, que es mía.

3.—Y tú, dame esa celada.

(*Entranse, y vuelve el ruido de las cajas, y dicen de adentro:*)

ADEN.—¡Concepción! ¡Doña Mencía!
ya la puerta está ganada.

(*Vuelve el ruido, y después salen otros dos ó tres indios*).

1.—Vámonos a morir, soldados,
que ya están dentro del muro
los españoles osados,
y Lautaro mal seguro
en los brazos regalados
de su esposa.

2.— ¡A defender
las vidas, pues no tenemos
para otra cosa poder!

3.—Sin armas ¿qué hacer podemos?

1.—¡Tarquín! (59 ¡morir o vencer! (*Vanse*)).

(*Vuelve el militar ruido y de allí a un rato sale Lautaro
atravesado de una flecha, como se apareció a Guacolda, y em-
puñada una espada española, y revuelto un manto al brazo*).

LAUT.—Ya, Valdivia, se ha cumplido
lo que me has pronosticado,
ya de mi trono caído
solo el dolor me ha quedado
de haberme visto subido.
Ya tu muerte se vengó
casi por la misma mano

59. Si no es errata, por Torquín, como aparece escrito este nombre en *La Araucana*, cabe suponer que Rejaule, al escribirlo así, se dejó influenciar por lo que había leído en la historia romana.

que tu cuerpo atravesó;
 pues si te hirió un araucano
 un araucano me hirió.

Arma cristiana tu pecho
 pasó, cuando yo te herí;
 y de mi suerte a despecho,
 arma bárbara, ¡ay de mí!
 el corazón me ha deshecho.

Ay! amiga verdadera,
 ya no tendrás que temer,
 pues la muerte horrible y fiera
 te quiso a mi costa hacer
 pronóstica y agorera.

(Sale Guacolda descompuesta, y suelto el cabello, y a medio vestir).

GUAC.—Ay! mi dulce esposo amado,
 ¿adónde hallarte podré?

LAUT.—¿De Guacolda esta no fué
 la voz?

(Alza la cabeza, y ve a Guacolda).

Mi bien, consolado,
 pues te he visto, moriré,
 contra la inica opinión
 de Valdivia.

GUAC.— Dulce esposo.

LAUT.—Centro de mi corazón.

GUAC.—¿Quién os dió fin riguroso?

LAUT.—Tu desdicha y mi traición.

(Siéntase Guacolda, y pone la cabeza de Lautaro en su regazo).

Aunque dije mal, advierte,
 no me han dado ésos la herida,
 que no hay ninguno tan fuerte;

diómela la misma muerte
transformada en mi homicida.

A otro brazo no atribuyo
golpe de tal valentía;
y pues la vida concluyo,
bien es que la lengua mía
dé a cada cual lo que es suyo.

GUAC.—No, esposo, engañado estás;
si no das al hado impío
lo que a la muerte le das.

LAUT.—¿Es posible, dueño mío,
que ya no te veré más?

GUAC.—Antes no pienso afligida
estar un punto sin verte;
mi brazo será homicida,
y pues te seguí en la vida,
quiero seguirte en la muerte.

LAUT.—No hagas tal, Guacolda mía,
vive y lógrate en tu estado,
baste lo que te he causado;
no quieras más compañía
de un hombre tan desdichado.
Y adiós, que no puedo más.

(Acaba de expirar).

GUAC.—Ya al cuerpo el alma dejó,
pero solo no te irás,
que ya te acompaño yo;
espera, esposo.

(Va a tomalle a Lautaro la espada, y pone el pomo en el suelo para arrojarla sobre ella, y salen dos soldados españoles).

ORTIZ.— ¿Aun no estás
satisfecho de verter
sangre bárbara?

HURT.— ¿Qué es esto?

ORT.—¿No miras que esta mujer
se mata?

HURT.— Acudamos presto. (60)

(Echan de ver lo que iba a hacer Guacolda, y arrebatándole la espada de las manos, y ella pide de rodillas que la maten).

ORT.— ¿Qué es lo que piensas hacer?

GUAC.—Lo que vosotros haréis
si tiene fuerza mi ruego,
que es de que me traspaséis
el pecho afligido luego.

HURT.—El mío sé que tenéis
de tierno amor traspasado,
india más que el sol hermosa;
de cuanto habemos robado,
Ortiz, no quiero otra cosa
sino esta mujer.

ORT.— Hurtado,
lo mismo te hago saber.

HURT.—La mujer ha de ser mía.

ORT.—Si la sabes defender.

(Echan mano a la espada para acuchillarse).

GUAC.—¡Hay más desdichado día!
¿que en esto me venga a ver?

60. Estos apellidos de Ortiz y Hurtado los tomó Rejaule del poema, en el cual figuran un Hernando Ortiz y don García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile; al hermano natural de éste, llamado don Felipe, se le nombra siempre con el apellido de Mendoza. Por esto se ve, cuán poco acertado anduvo, en verdad, el autor de la comedia al designar con el de Hurtado a un soldado tan bajo como aquél.

(Sale don Pedro).

D. PE.—¿Qué es aquesto Ortiz, Hurtado?

HURT.—Por esta mujer lo hacemos
que los dos hemos ganado,
y los dos la pretendemos.

D. PE.—Si no lo tenéis a enfado,
por quitaros de pendencia
yo os la pagaré muy bien.

ORT.—Nuestra ley es tu sentencia.

D. PE.—Pues yo mandaré que os den
mil pesos.

HURT.— Con tu licencia
vamos a buscar la vida.

(Vanse).

GUAC.—¿Que Guacolda haya llegado
a ser tan presto vendida?

D. PE.—No estés, señora, afligida,
que de dueño has mejorado.

GUAC.—Perdóname, si no estimo
la gran merced que me has hecho;
que tengo tan triste el pecho,
que porque el pesar oprimo
le tiene el pesar deshecho.

(Sale Rengo).

REN.—Pues, don Pedro ¿estás contento,
parécete si ha tenido
mi palabra cumplimiento?

D. PE.—A ti, Rengo, te es debido
el honor del vencimiento.

REN.—Aquí estás, señora mía,
primer móvil de mi alma;

hoy más, venturoso día:
don Pedro, sola esta palma
quiero de doña Mencía.

D. PE.—Agora la he rescatado
de dos soldados, que entiendo
que la hubieran deshonrado;
y según lo que estoy viendo
el lance ha sido acertado.

Tómala, que tuya es.

REN.—Pues si por ella me pides
todo cuanto en Chile ves,
con bajo precio la mides,
pues al fin es interés.

GUAC.—¿Ha pasado por mujer
lo que por mí pasa agora?
¿hay quién lo pueda creer?
¿de cuatro he venido a ser
en menos de un cuarto de hora!
Cielo injusto y vengativo,
¿quédame más que pasar?
que a sufrillo me apercibo.

REN.—Deja, Guacolda, el llorar
pues tu dueño es tu cautivo.

GUAC.—Antes con nueva ocasión
me convidas, Rengo injusto,
a dar rienda a mi pasión,
pues hoy por cumplir tu gusto
has vendido tu nación.

(Sale doña Mencía acompañada de todos los que puedan salir).

D. MEN.—¿Don Pedro? ¿Rengo?

D. PE.—¿Señora?

D. MEN.—¿Quién es esta mujer bella?

REN.—La que por Dios mi alma adora,
pues ha puesto el cielo en ella

cuanto en la tierra atesora.
Esta pudo merecer
por esposo el gran Lautaro,
que hoy acabas de vencer;
que le ha costado bien caro (*A parte*).
tener tan bella mujer.

D. MEN.—Perdona, Guacolda hermosa,
si mi obligación no he hecho,
y esta prueba lastimosa
que hoy hace el cielo en tu pecho
resiste como animosa:
que éstos los sucesos son
de la guerra has de saber;
y aunque es grande tu pasión,
has tú con tu discreción
lo que el tiempo vendrá a hacer.
Si un marido tan famoso
en tu Lautaro has perdido,
casi asegurarte oso
que yo te sé otro marido
no menos que él valeroso.
Rengo está aquí, que, a mi ver,
si dél haces elección
no tendrás mal parecer.

REN.—¿Quién le ha dicho a esta mujer
lo interior del corazón? (*A parte*).

D. PE.—¿A casalla te dispones,
sin saber primeramente
de Rengo las intenciones?

D. MEN.—¿No las muestra claramente
en las obras y razones?
¿Parécete que viniera
a ser de nuestra facción,
si a la india no quisiera?
una amorosa pasión
se descubre desde afuera.

D. PE.—Digo que eres milagrosa,
y que hoy has dado en lo cierto.

D. MEN.—¿Qué dices, Guacolda hermosa?

GUAC.—Mi esposo tan recién muerto
de muerte tan rigurosa,
¿quieres que me dé lugar
a tratar cosas de gusto?
¿yo con otro he de casar,
y más con aqueste injusto, (*Aparte*)
ocasión de mi pesar?

No me lo mandes, señora,
antes a la muerte fiera
me manda entregar agora.

REN.—Divina Guacolda, espera, (*arrodillándosele*)
oye esta alma que te adora.

¿En qué enojarte ha podido
quien, si nació en este mundo,
para servirte ha nacido,
y sólo en él ha sabido
tenerte amor tan profundo?

Dos veces en mi poder
te he tenido, y todas dos
no te he querido ofender;
y sabe el Sol nuestro Dios
y tú que lo pude hacer.

Esta sola obligación
deshaga tantos enojos,
si no quieres que en despojos,
como te di el corazón
te dé el alma por los ojos.

D. MEN.—Guacolda, tanto rigor
venza de Rengo afligido
el firme constante amor.

D. PE.—Yo también, que he defendido
como hoy has visto, tu honor,
te lo ruego.

GUAC.— Sea en buenhora,
a dicha, ¿sierpe en la Libia (*Aparte*).
más sangrienta que yo, mora?

RAU.—De cumplirse acaba agora
la maldición de Valdivia,
pues Guacolda se ha casado
con el que fué de su amigo
contrario más declarado.

REN.—Quién tal despojo ha ganado
de su ya muerto enemigo,
la mano, mi bien, me da.

(*Dásela, diciendo aparte:*)

GUAC.—Que ha de matarte después.

REN.—No hay ya qué esperar.

GUAC.— No hay ya;
tú lo verás cuando estés (*Aparte*).
como mi Lautaro está,
pues si hoy me caso contigo
es a fin de darte muerte,
vengando la de mi amigo.

D. PE.—Tú que la pasión más fuerte (*a doña Mencía*)
que un amante trae consigo
penetras, la que padezco
¿piensas de hoy más remedialla?

D. MEN.—Ya a darte gusto me ofrezco,
pues hoy te vi en la batalla
muy fuerte.

D. PE.— Que tal merezco,
que tanto bien he alcanzado,
mi dicha en el mundo sola
hoy me ha de hacer envidiado.

REN.—Y aquí tiene fin, Senado,
la *Bellígera Española*.

(*Entranse todos, cada uno por su parte, dando fin con esto a
la gran comedia de la Bellígera Española.*)